II

INFORME Á SU MAJESTAD EL REY DON ALFONSO XIII

acerca de el capitán español D. Antonio Costa, de la expedición auxiliar del Marqués de la Romana al Norte y su sepulcro en Fredericia (Dinamarca).

DOCUMENTOS:
Archivo General Militar, *Segovia.*
Archivo Histórico Nacional, *Madrid.*

SEÑOR:

Durante la última expedición triunfal de V. M. á las industriosas y beneméritas provincias de Cataluña, con el objeto de conocer por sí y estimular con su presencia augusta las fuentes de producción y de trabajo, que constituyendo la base de la merecida prosperidad y bienestar de aquella región, son por larga tradición de muchos siglos honra y orgullo de la patria común española, dignóse V. M., haciendo honorífica mención de mi obscuro nombre y de mi acendrado patriotismo, disponer que por la Secretaría particular de V. M. se me dirigiera la carta siguiente:

«Barcelona, 1.° Noviembre 1908.—EXCMO. SR. D. JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.—Muy señor mío y de mi más distinguida consideración: Creyendo tal vez sean de interés para usted, que con tanto éxito se dedica á los estudios históricos, me ordena S. M. el Rey (nuestro Señor) remita á usted la adjunta carta y fotografías referentes á uno de los oficiales españoles que, á las órdenes del marqués de la Romana, fueron á Dinamarca en 1808. Al cumplir las órdenes del Augusto Señor, aprovecho la ocasión para reiterarme de usted afectísimo amigo s. s. q. s. m. b., EMILIO MARÍA DE TORRES.»

Acompañaba á esta carta, fechada en Fredericia el 16 de Octubre de 1908, y suscripta por el Sr. F. Schousboe Jensen, elevada á S. M. desde aquella distante ciudad de Dinamarca, para incluir dos preciosas fotografías, una de los interesantes restos

del castillo de Kolding-hus, donde en 1807 y 1808 estuvieron alojadas las tropas españolas del escuadrón del regimiento de caballería de Algarbe que mandaba el capitán D. Antonio Costa, y otra del cementerio donde reposan las cenizas de este mismo capitán, en la forma en que su pequeño monumento ha quedado después de la reconstrucción hecha en 1872 de la iglesia de San Canuto á que aquel camposanto pertenece, y una hoja del *Ilustreret Familie-Journal*, correspondiente al 8 del mismo mes, en cuya página 2.ª, columnas 3.ª y 4.ª, con el título de *Costas Grav i Fredericia* (Sepulcro de Costa en Fredericia), además de descubrir el sepulcro de este capitán y de recordar las hazañas del soldado español de 1808, cuyas cenizas en él venera la piedad del pueblo danés, por medio del fotograbado se representa el bloque de mármol coronado de espléndida cruz, y ésta adornada de una gran palma, en lo que el monumento consiste y tal como en la actualidad se encuentra. En la carta del Sr. Schousboe Jensen se consigna la inscripción grabada en este sepulcro, y que dice:

RECUERDOS Á ESPAÑA DE
ANTONIO COSTA.
† *11 Agosto 1808*;

frase española que en el sepulcro se ha conservado, porque ésta fué la última que pronunció el heroico soldado al poner en ejecución la resolución trágica á que debió la muerte.

No se contrae á estos extremos el respetuoso mensaje del señor Schousboe Jensen á V. M. En su carta del 16 de Octubre último certifica á V. M. que, á pesar del tiempo transcurrido, la memoria del soldado heroico que allí se dió la muerte por no faltar á la fe y á la lealtad jurada á España, prefiriendo aquel terrible sacrificio á conservar la vida jurando la bandera del rey intruso que la mañosa tiranía de Napoleón quería darnos, persevera viva en la hermosa ciudad que se asienta en las márgenes del pequeño Belta, así como que, reposando en ellas, no descansan en tierra extranjera sus cenizas, sino entre amigos, que

guardan con piedad su tumba y su recuerdo. Estos sentimientos nobilísimos, que sin duda han herido el alma de V. M. y excitado su augusta gratitud, hieren del mismo modo el corazón de España, que con las de V. M. devuelve las expresiones de la misma simpatía á los que de tal modo los profesan y patentizan en aquellas lejanas tierras de Dinamarca: y justo es que, en legítima compensación, les demos desde aquí noción más completa de quién fué y cuál la vida militar de aquel soldado cuyos venerandos restos, guardados á la entrada de la iglesia de San Canuto, logran un estímulo y un vínculo permanente más de amistad y simpatía entre el pueblo español y el danés, constante admirador de las grandezas del genio nacional de España, desde que en 1808 fué atónito testigo de la bizarra determinación arriesgada de nuestro ilustre General marqués de la Romana, y aun de cada uno de aquellos soldados de su irreprochable disciplina, ya enérgicos protestantes contra el acto de tiranía que sobre ellos se quiso ejercer, como los de los regimientos de infantería de Guadalajara y Asturias en la ciudad de Roskilde, en la Zelanda, ya decididos y denodados en su resolución, como los del de caballería de Algarbe en la Jutlandia, que produjo el acto heroico y trágico del capitán jefe de uno de sus cinco escuadrones, don Antonio Costa, en Fredericia.

Había nacido este capitán, D. Antonio Costa, el año de 1767, en el lugar de San Lorenzo, de aquella parte de la Cerdeña que quedó francesa por el Tratado de los Pirineos de 1649, pero que no por serlo políticamente deja de constituir territorio integral de Cataluña, no sólo por la igualdad absoluta de su naturaleza y aspecto del suelo con la que quedó bajo el dominio de España, sino por la de la lengua común lemosina, que en las dos partes de aquel territorio truncado se habla, por todos los demás caracteres etnográficos, y sobre todo por los mismos apellidos de la mayor parte de las familias que habitan aquel espacio de tierra que se extiende entre las fronteras del Condado de Foix, el Rosellón, el partido de Berga de la actual provincia de Barcelona, el valle de Andorra y el partido de La Seo de Urgel. La simple derivación del apellido Costa, que fué el de nuestro capitán don

Antonio, claramente demuestra que era española la sangre de estirpe que circulaba por sus venas. Sin embargo, su naturalización en España no se verificó formalmente hasta el año de 1794, en el cual, y con fecha del 8 de Septiembre le fué expedida la Real cédula que la certifica.

No fueron solamente las atracciones y simpatías de estirpe las que estimularon á Costa á solicitar y obtener de la benignidad del Rey D. Carlos IV la naturalización española. La cuna hidalga de que procedía, el bienestar que con toda su familia gozaba á merced de los bienes patrimoniales de que era poseedor, las ideas religiosas y políticas que eran como inherentes á tal sangre y á tal posición social, despertaron contra ella, como contra todas las clases privilegiadas y nobles de la Monarquía francesa, las iras y las persecuciones de la revolución. Hubo que huir de los patrios hogares para salvar la vida, dejando secuestrados los bienes de fortuna en manos de las turbas de sicarios y asesinos. Hubo que volver la vista á España, la antigua cariñosa madre y el antiguo heráldico solar. A España se refugiaron y en España encontraron piadoso asilo, como ya en ella lo habían encontrado en medio de sus desgracias los más altos Prelados de las iglesias de Francia; las Comunidades religiosas en masa, así de hombres como de desdichadas mujeres; los Pares y títulos seculares de aquel reino; las clases más elevadas de sus ejércitos de mar y tierra; los miembros de sus Parlamentos provinciales y de sus comunes; los jóvenes adictos á la lealtad de las instituciones amenazadas por la guillotina y hasta los mismos secuaces de los Príncipes proscriptos, de cuya inmediación desertaban para buscar aquellas fronteras del Pirineo, hacia donde la generosa nación española se lanzó á una guerra de opinión como jamás se había verificado otra alguna, identificándose sus pueblos, las clases, los poderes todos con los nobilísimos impulsos de aquel Monarca nuestro, Carlos IV, cuya bondad de sentimientos paternales hacia sus vasallos no ha tenido ejemplo semejante en la Historia, y de aquella Reina María Luisa, aún más fervorosa en sus bondades, que hubiera dado la mitad de su corona por salvar la vida de la mísera María Antonieta y de sus hijos, y á la que á la

sazón Europa entera bendecía, porque en ella se sustentaba la palanca que por un momento se creyó capaz de superar con sus esfuerzos la horrenda crisis suprema de los Tronos y de los Altares. ¡No era mucho que la familia Costa, entre las sinnúmeras familias de todas las fronteras de España, viniera á buscar en los Estados de aquellos Príncipes una nueva patria! ¡La proclamaron tantos! ¡Quedaron para siempre tantos entre nosotros! ¡Fueron tantas las madres que, coma la marquesa de d'Angosse, podían escribir en 15 de Enero de 1794 á la Reina de España: «Recomiendo á V. M. á mi hijo Carlos, marqués de Bonnac, que sirve con infinito orgullo bajo las banderas del Rey de España. Admítanle VV. MM. como súbdito propio de su ejército. Su madre no quiere que ya nunca conozca otro Soberano que á la Reina María Luisa, que fué y es nuestra protectora!»

De las diversas representaciones que se encuentran en el expediente militar de Costa, él mismo relata cómo abierta por España la guerra contra la República francesa en 1793, él se presentó á ofrecer varonilmente sus servicios en nuestros ejércitos. «Mis servicios particulares, dice en una de estas representaciones, consisten en haber reunido al servicio de V. M. seis compañías de las que se formó el *batallón de San Lorenzo*, y de haberlas vestido de uniformes á mis gastos, y principalmente en haber merecido, durante el curso de la guerra, la confianza de cuantos Generales en jefe mandaron sucesivamente las armas de V. M.» En otra representación añade: «Mientras al abrigo de vuestras armas disfrutaba de mi patrimonio en el Rosellón, milité sin recibir pagas, asistiendo á la rendición del fuerte de Pratz, á la toma del de los Baños, al combate de Montbolo y en la defensa de las fronteras de Rivas, cuyas funciones no relata mi hoja de servicios, por hallarme aún sin agregar al cuerpo del ejército.» Por último, en otra representación declara ante Carlos IV «que con Real cédula de 8 de Septiembre de 1794, S. M. se dignó naturalizarme en este reino, por haberme distinguido en las funciones de guerra del 19, 21 y 31 de Julio y 27 de Agosto del mismo año», haciendo á la vez constar que con fecha del 11 de Septiembre, es decir, tres días después de su naturalización, fué

graduado de capitán en aquel *batallón de los Pirineos*, que tuvo por base los 500 voluntarios que él trajo de la frontera, y que desde aquella fecha tomó el nombre de *Legión de la Reina María Luisa.*

Hasta la fecha de su naturalización, las principales acciones en que se había hallado, fueron: el 18 de Mayo de 1794 en el ataque de San Lorenzo de Muga; el 13 de Junio siguiente en el combate de Basagoda; el 19 y 21 de Julio mandando 300 voluntarios en las acciones de los mismos días, por las que recibió una carta del General en jefe, conde de la Unión, en que le decía: «Deseo que usted continúe bien en su salud; y como las noticias que me da son poco acertivas, no queda que discurrir por ahora. He visto con gusto lo bien que se ha conducido usted y sus gentes en las acciones del 19 y 21 del corriente. Dios guarde á usted muchos años. Cuartel general de Figueras y Julio 25 de 1794.—El conde de la Unión.—*Sr. D. Antonio Costa.*»

Después vinieron las acciones del 31 de Julio y del 27 de Agosto, en la última de las cuales Costa, con el *Batallón de Voluntarios de San Lorenzo de Sardá*, que mandaba, atacó á los enemigos con denuedo, apoderándose de sus puestos ante la villa de Rosas.

En una de las tantas veces ya citadas representaciones de Costa al Rey Carlos IV, con motivo de sus solicitudes posteriores, pedía que su conducta se juzgase: primero, por el número y calidad de sus servicios militares; segundo, por el abono de sus jefes en los cuerpos y destinos que había desempeñado y, por último, «por los oficios que pintan mi genio, con la confianza merecida de cada uno de los Generales en jefe en asuntos tan delicados y mi celo por el Real servicio con el desempeño de tan graves encargos». También dice en otro lugar: «En las campañas de 1793, 1794 y 1795, fuí empleado por cada uno de los Generales que se sucedieron en el mando del ejército, ora en cebar la derrota de los destacamentos del enemigo, ora en reconocer la situación de sus líneas por vanguardia y retaguardia, ora en ministrar ciertos conocimientos locales y en todo género de diligencias confidenciales y de reserva, y otros encargos del

Real servicio, que llené á satisfacción de los tres Generales en jefe.» Para justificar estos hechos, Costa pidió que en su expediente se hicieran certificar las cartas de dichos Generales, que presentó, y de las que se deduce con evidencia la utilidad y los riesgos de los servicios referidos, que no obstaban, sin embargo, al cumplimiento exacto de sus demás deberes militares. Estas cartas son, unas anteriores y otras posteriores á su naturalización y graduación é incorporación al ejército, y como de tanto interés, conviene reproducirlas:

CARTAS ANTERIORES Á LA NATURALIZACIÓN DE COSTA EN ESPAÑA Y SU GRADUACIÓN MILITAR

I.—«Me ha sido muy grata la prisión de los hombres que usted me envía y cada día estoy más satisfecho del celo y actividad de usted. Llevan las armas que me pide usted los hombres encargados de ello. Dios guarde á usted muchos años.—Cuartel general, 18 de Mayo de 1794.—El conde de la Unión. *Sr. D. Antonio Costa.*»

Aquellas armas tuvieron feliz empleo al siguiente en que se escribió esta carta, pues los voluntarios de Costa que con ellas se armaron entraron en función el mismo día. Advertido por Costa el conde de la Unión de que el enemigo, había concentrado la mayor parte de su ejército en el sitio de Collioure y de Pontvendre en que se hallaba ocupado, combino una operación fructuosa sobre su derecha establecida en la fábrica de San Lorenzo de la Muga. Dos columnas á las órdenes de los Mariscales de Campo D. Juan Miguel de Vives y D. Francisco Solano, que llevaban por segundos á los de igual clase D. Pedro Samoren y conde de Molina, y á los brigadieres D. Francisco Vallejo y D. Juan José Sanjuán, dividiéndose en igual número, rodearon el puesto atacado por sus tres lados á tiempo que otra columna se interponía con frente oblicuo entre las de ataque y el campamento enemigo, establecido en la Junquera, para contener sus

socorros, aunque distantes, á tiempo también que otra de infantería y toda la caballería, á las órdenes del general D. Pedro Mendinueta, se situaba frente al Molino, en el camino real de Bellegarde, con objeto de sostener aquélla y atacar al enemigo por su flanco en caso necesario. A la orden del Brigadier, conde del Puerto, se destacó otra columna que atacando y ocupando la única salida que quedaba al enemigo, había de descender sobre él, de modo que quedase enteramente cortado; en tanto que el mariscal de campo D. Ildefonso Arias, comandante del destacamento de Espolla, y el de igual clase D. Joaquín de Oquendo, desde Cambredón, le divertían y amagaban por su lado respectivo.

Toda esta operación se ponía en práctica en las primeras horas de la mañana del 19, á la que, sin contar las tropas de Medinueta, de Arias y de Oquendo, ni la caballería á cuyo frente estaban los tenientes generales D. Rafael Valdés y D. Antonio Heredia, los mariscales de campo D. José Moncada y D. José Iturrigaray, había destinado el conde de la Unión 10.000 hombres, dando el mando de la línea al teniente general D. Juan de Courten, con los mariscales de campo D. Valentín de Belvis, D. Domingo Izquierdo y D. Antonio Cornel, y quedando en la reserva el mariscal de campo del ejército portugués D. Juan Correa de Saá y los españoles Marqués de las Amarillas y D. Francisco de Noroña. Llevábase todo con puntualidad admirable, como en un campo de ejercicios, lisonjeándose todos con el éxito inexcusable, cuando, tomadas las montañas que lo dominaban todo, encájonados en barrancos los enemigos, hechos bastantes prisioneros, y en el acto de rendirse algunas otras partidas, la voz *¡Que nos cortan!*, salida no se sabía de dónde y esparcida sin motivo pero con celeridad admirable en la columna del general Solano, produjo tan instantáneo desorden en ella, que no fué posible detenerla en su vertiginosa retirada, obligando á la del general Vives á iniciar la suya, aunque ordenadamente y frustrando el equilibrio y el resultado de toda la operación. Distinguió el conde de la Unión á Costa, en el sitio desde donde presenciaba la función y el desastre, teniéndole entre su Estado

Mayor, y vió con gusto el General la actitud valerosa y serena de los voluntarios que aquél había traído, que ni en medio de la alarma dejaron de portarse como si fueran veteranos, por lo que en otra carta á Costa los felicitó.

II.—«Si cree usted posible tener las seguridades que exige el pensamiento, deben procurarse, porque, en duda, nada haremos; pero no ha de ser á costa de sus sacrificios. En este concepto procederemos. Dios guarde á usted muchos años.—Cuartel general de Figueras y Junio 7 de 1794.—El conde de la Unión.—*Sr. D. Antonio Costa.*»

Colígese del sentido de esta carta, por parte de Costa, tal vez la propuesta de alguna otra operación que quería realizar por sí y con sus elementos; mas faltan datos con que penetrar cuáles fueron aquellos pensamientos, de los que solo se destaca en honor de Costa esta frase de la carta del Conde de la Unión: «*pero no ha de ser á costa de sus sacrificios.*» La carta del General lleva la fecha del 7 de Junio, y el 18 y el 19 del mismo mes se libraron las acciones victoriosas, con las que se recobraron los pueblos de Camprodón, Ripol y San Juan de las Abadesas, después de rechazados los franceses de La Seo de Urgel. El 25, Costa recogía y enviaba al Conde de la Unión, ejemplares del *Bulletin de la Convention Nationale y proclamas* dirigidas en francés y catalán á los pueblos de la Montaña y dejados en las líneas avanzadas de nuestro ejército, á la vez que le avisaba de que en el de la República se había recibido un refuerzo de 18.000 hombres. Entonces el Conde de la Unión volvió á escribirle:

III.—«Teniendo que prevenir á usted de palabra, pasará usted á este Cuartel general sin manifestar que le cito. Dios guarde á usted muchos años.—Cuartel general de Figueras, 30 de Junio de 1794.—El conde de la Unión.—*Sr. D. Antonio Costa.*»

El 8 de Julio, Costa avisó que los enemigos reforzaban las Cerdañas, y el General en jefe disponía que el mariscal de campo

D. Gregorio de la Cuesta reforzara la división que mandaba con el 2.° batallón de Suizos de Saint Gall y el 1.° de voluntarios de Barcelona.

Ya se han referido antes las acciones militares de Costa, mandando sus voluntarios, en las acciones de 19, 21 y 31 de Julio y 27 de Agosto. Antes de esta última fecha debía Costa andar en las pretensiones de su naturalización, pues hay otra carta del conde de la Unión, del día 26, en que le decía:

IV.—«He recibido los papeles que usted me incluye con su carta del 24. Usted no dude de que S. M. atenderá sus servicios. Los enemigos se han retirado de la Muga. Prevengo á Abarca se acuerden ustedes para ocupar el San y demás puntos hasta la Muga. Dios guarde á usted muchos años.—Cuartel general de Figueras y Agosto 26 de 1794.—El conde de la Unión.—*Sr. don Antonio Costa.*»

La Real cédula de naturalización no se expidió hasta el 8 de Septiembre, y el 11 el despacho con el título de Capitán graduado. Hay anteriores á estas dos fechas, otras dos cartas del conde de la Unión, concebidas en los términos siguientes:

V.—«Los enemigos se han retirado de Cantallops. Reconozca usted también por Costojos y demás puestos de este costado, como las demás novedades que son contingentes á su retirada para trasladármelas sin retardo. Dios guarde á usted muchos años.—Cuartel general de Figueras y Septiembre 5 de 1794.—El conde de la Unión.—*Sr. D. Antonio Costa.*»

VI.—«Examine usted bien el local de Massanet y el que ocupa el enemigo, y mañana duerme usted en San Lorenzo, donde aguardará mis órdenes. Dios guarde á usted muchos años.—Cuartel general de Figueras y Septiembre 6 de 1794.—El conde de la Unión.—*Sr. D. Antonio Costa.*»

CARTAS POSTERIORES Á LA NATURALIZACIÓN DE COSTA EN ESPAÑA Y SU GRADUACIÓN EN NUESTRO EJÉRCITO

Los servicios de D. Antonio Costa, después de su naturalización en España y de su graduación de Capitán en nuestro ejército, continuaron siendo los mismos por todo el tiempo que duró la guerra con la República francesa y hasta la paz de Basilea.

VII.—«Dígame usted cuanto comprenda, le escribía el General en jefe, con relación á ocupar las entradas del enemigo desde Francia á Massanet de Cabreus, detallando los puestos que tiene y cuanto se ofrezca. Dios guarde á usted muchos años.—Cuartel general de Figueras, 13 de Septiembre de 1794.—EL CONDE DE LA UNIÓN.—*Sr. D. Antonio Costa.*»

El 21, Costa hacía llegar á manos del conde de la Unión la carta que desde Foix le escribía un individuo de su familia, que era á la vez su confidente, y que le decía: «Ayer, 18, estuvo aquí el agente militar del ejército de los Pirineos Orientales con órdenes de embarcar y llevar á las plazas de Bellegarde y de Boulon todo el heno y granos que se hallasen en esta municipalidad. Trazó y publicó una orden de los representantes del pueblo en aquel ejército, que era la siguiente: «Ciudadanos: Para continuar la gloriosa conquista sobre los españoles, se necesita la formación de un copioso almacén en la plaza de Bellegarde, que acaba de ocupar la nación, ofreciéndoos reintegrar los granos y henos que prestéis al agente militar de este ejército de los repuestos de las plazas de Figueras y Rosas, cuya conquista se ha de verificar por todo el mes siguiente. Ciudadanos: ¡Viva la libertad! ¡Viva la República!»

Acerca de la situación de Rosas, Costa debía haber dado al conde de la Unión avisos de gran interés, porque el General en jefe le escribía:

VIII.—«Quedo enterado en sospecha relativa á Rosas, que no deja de tener fundamento, cuando no contra el sujeto que se nombra, contra otros. Deseo que usted lo pase bien y que Nuestro Señor le guarde muchos años.—Cuartel general de Figueras, 30 de Octubre de 1794.—El conde de la Unión.—*Sr. D. Antonio Costa.*»

Aunque las relaciones entre los Generales en jefe de los dos campos estaban cerradas, el pagador francés, Domingo Simonin, había tenido industria para poner en comunicación secreta para tratar de la paz al conde de la Unión y al general Fregeville; pero mientras se negociaba que tuviesen una entrevista secreta, el marqués de Baños, Capitán general de Cataluña, desde Barcelona noticiaba al General en jefe de nuestro ejército, no sólo el descubrimiento en aquella capital de los espías franceses Juan Graset, Mr. Rus, procedente de Tolón, el cura de Ceret y un tal Dubois, conocido por el mote de *L'angle de Alby*, Mr. Lebret, jefe de una fábrica de hilados de algodón, y otros, sino que dentro del Cuartel general del conde de la Unión, el Comité de Salud Pública había introducido al italiano Josni, quincallero, que hacía tiempo se hallaba establecido en Gerona, el cual, dejando en esta ciudad á su mujer é hijos, se había trasladado á Figueras, bajo la inmunidad que le ofrecía el ser de antiguo muy conocido en todo aquel país. Coincidía con esta denuncia el hecho de que á diario se recogían en los campamentos de nuestras tropas impresos en catalán y francés para levantar los pueblos catalanes contra España y sugerir la insurrección del ejército, y los jefes de él denunciaban ante su General en jefe que en los campos de voluntarios franceses había muchos que se hacían sospechosos, creyendo que por su conducto llegaban estos papeles á nuestro campo. Se mandó entonces formar listas de estos voluntarios, y la última carta que el conde de la Unión escribió á Costa se relacionaba con este asunto. Decía así:

IX.—«Infórmeme usted con reserva de los que son seguros y los que no de los contenidos en las adjuntas relaciones, expre-

sando su concepto á continuación de cada nombre. Dios guarde á usted muchos años.—Cuartel general de Figueras y Noviembre 9 de 1794.—El conde de la Unión.—*Sr. D. Antonio Costa.*»

Según carta que desde Gerona y con fecha del 21 de Noviembre, es decir, doce días después de escrita la anterior, dirigía al duque de la Alcudia D. Mánuel de Godoy, el que había sido secretario particular del conde de la Unión, D. Tadeo Galisteo y Manrique, en la mañana del día anterior el Conde murió de una bala de fusil que le atravesó el pecho hallándose en la defensa de la importante batería y puesto del Roble, en la plaza que hasta entonces le había servido de Cuartel general. Muerto el conde de la Unión, el castillo de Figueras se rindió á las armas de la República francesa el 28 del mismo mes; de modo que antes de concluir la segunda campaña de aquella guerra, ya habían muerto tres Generales en jefe de nuestro ejército en aquella parte de los Pirineos Orientales, Ricardos, que sucumbió cubierto con los laureles de Masdeu, de Trullás, de Pontvendres, de Collioure y de Banyuls des Aspres; el conde de O'Reilly, que no llegó á tomar el mando, y el conde de la Unión, que expiraba sobre el muro de la ciudad que personalmente defendía. Interinamente le sucedía el marqués de las Amarillas, á quien Costa se apresuraba á dar cuenta de su posición, y al que desde Gerona Amarillas contestaba:

X.—«He recibido la carta de usted de ayer y quedo enterado de cuanto me expone. Conviene mantener ese puesto mientras los enemigos no obliguen á dejarlo con fuerzas superiores. Abarca tiene orden de pasar á Bezalú, con lo que se cubre el cordón, en cuanto es dable, en esas avenidas. Mantenga usted la correspondencia en lo interior y páseme papeles públicos y cuantas noticias adquiera de los enemigos, en el concepto de que cualesquiera gastos que se ofrezcan con utilidad del servicio del Rey en este ramo, lo mandaré satisfacer inmediatamente y será un nuevo mérito en usted que el General que mande el ejército tendrá presente y recomendará á S. M. Dios guarde á usted muchos

años.—Cuartel general de Gerona, 26 de Noviembre de 1794.—El marqués de las Amarillas.—*Sr. D. Antonio Costa.*»

Nombrado en Madrid para suceder en el mando en jefe al conde de la Unión el capitán general de los ejércitos D. José Urrutia, el 10 de Diciembre llegaba al Cuartel general y el 21 lo establecía definitivamente en Gerona. Informado inmediatamente de los servicios especiales y preciosos que Costa prestaba, ya el 12 le escribía para decirle:

XI.—«Se hace preciso que usted venga á este Cuartel general para que tratemos á boca de algunos puntos precisos en el día, y así espero á usted lo más pronto que pueda ser. Dios guarde á usted muchos años.—Cuartel general de Gerona, 12 de Diciembre de 1794.—José Urrutia.—*Sr. D. Antonio Costa.*»

Verificada la entrevista y vuelto Costa al campo de sus servicios, Urrutia le escribía de nuevo el 18:

XII.— «Tengo favorables noticias del modo con que usted ha servido, y me prometo experimentar la continuación de su celo, que recomendaré á S. M. Gerona, 18 de Diciembre de 1794.—José rrutia.—*Sr. D. Antonio Costa.*»

Otras siete cartas del general Urrutia se registran en el expediente militar de D. Antonio Costa, desde el 27 de Diciembre de 1794 al 15 de Mayo de 1795. Sus servicios todos, hasta la terminación de la guerra, son siempre iguales á los anteriores, y prestados con el mismo celo y solicitud. Estas cartas son las siguientes:

XIII.—«Acabo de recibir las importantes noticias que usted me escribe con fecha de hoy. Continúe usted trabajando con celo en servicio de S. M. el Rey y dedíquese con particularidad á indagar por ápices las tramas que los enemigos fomenten en Cataluña. Dios Guarde áusted muchos años.—Gerona, 27 de Diciembre de 1794.—José de Urrutia.—*Sr. D. Antonio Costa.*»

XIV.— «Siento las incomodidades de usted y deseo su restablecimiento, no dudando que aun en su estado actual se dedicará usted, como ofrece, á indagar noticias. Procure usted apurar principalmente el número de tropas y situación de todos los puestos de la retaguardia del ejército enemigo hasta la Junquera, averiguando también si la caballería que ha salido del Ampurdán permanece en el Rosellón ó ha pasado hacia Tolón: sin perjuicio de todo lo demás que usted pueda descubrir. Dios guarde á usted muchos años.—Gerona, 22 de Enero de 1795.—José de Urrutia.—*Sr. D. Antonio Costa.*»

XV.—«Recibo la carta de usted de hoy y las noticias que contiene. Continúe usted remitiéndome las que pueda recoger concernientes á la posición de los enemigos en todas sus líneas, particularmente á retaguardia. Dios guarde á usted muchos años. —Cuartel general de Gerona, 26 de Enero de 1795.—José Urrutia.—*Sr. D. Antonio Costa.*»

XVI.—«Convendrá que usted no pierda proporción para adquirir noticias de los refuerzos que reciba el enemigo y que le proporcionen los de su fuerza y situación; pues el plan de operaciones que se prometen quizá pueda verse en precisión de variarle, aunque lo tengan determinado con las seguridades que anuncian á usted y que manifiesta en su carta del 14. Espero que usted continúe su cuidado en saber cuanto pueda y en noticiármelo para mi gobierno. Dios guarde á usted muchos años.— Cuartel general de Gerona, 16 de Febrero de 1795.—José de Urrutia.—*Sr. D. Antonio Costa.*»

XVII.—«Haga usted todo esfuerzo para proporcionarme los *Monitores* y otros papeles públicos con regularidad y con la mayor puntualidad posible, en inteligencia de que además de pagar el abono y á los conductores, le agradeceré á usted mayormente si dichos papeles pasaran sin atraso alguno. Dios guarde á usted muchos años.—Gerona, 23 de Febrero de 1795.—José de Urrutia.—*Sr. D. Antonio Costa.*»

años.—Cuartel general de Gerona, 26 de Noviembre de 1794.—El marqués de las Amarillas.—*Sr. D. Antonio Costa.*»

Nombrado en Madrid para suceder en el mando en jefe al conde de la Unión el capitán general de los ejércitos D. José Urrutia, el 10 de Diciembre llegaba al Cuartel general y el 21 lo establecía definitivamente en Gerona. Informado inmediatamente de los servicios especiales y preciosos que Costa prestaba, ya el 12 le escribía para decirle:

XI.—«Se hace preciso que usted venga á este Cuartel general para que tratemos á boca de algunos puntos precisos en el día, y así espero á usted lo más pronto que pueda ser. Dios guarde á usted muchos años.—Cuartel general de Gerona, 12 de Diciembre de 1794.—José Urrutia.—*Sr. D. Antonio Costa.*»

Verificada la entrevista y vuelto Costa al campo de sus servicios, Urrutia le escribía de nuevo el 18:

XII.— «Tengo favorables noticias del modo con que usted ha servido, y me prometo experimentar la continuación de su celo, que recomendaré á S. M. Gerona, 18 de Diciembre de 1794.—José rrutia.—*Sr. D. Antonio Costa.*»

Otras siete cartas del general Urrutia se registran en el expediente militar de D. Antonio Costa, desde el 27 de Diciembre de 1794 al 15 de Mayo de 1795. Sus servicios todos, hasta la terminación de la guerra, son siempre iguales á los anteriores, y prestados con el mismo celo y solicitud. Estas cartas son las siguientes:

XIII.—«Acabo de recibir las importantes noticias que usted me escribe con fecha de hoy. Continúe usted trabajando con celo en servicio de S. M. el Rey y dedíquese con particularidad á indagar por ápices las tramas que los enemigos fomenten en Cataluña. Dios Guarde áusted muchos años.—Gerona, 27 de Diciembre de 1794.—José de Urrutia.—*Sr. D. Antonio Costa.*»

XIV.— «Siento las incomodidades de usted y deseo su restablecimiento, no dudando que aun en su estado actual se dedicará usted, como ofrece, á indagar noticias. Procure usted apurar principalmente el número de tropas y situación de todos los puestos de la retaguardia del ejército enemigo hasta la Junquera, averiguando también si la caballería que ha salido del Ampurdán permanece en el Rosellón ó ha pasado hacia Tolón: sin perjuicio de todo lo demás que usted pueda descubrir. Dios guarde á usted muchos años.—Gerona, 22 de Enero de 1795.—José de Urrutia.—*Sr. D. Antonio Costa.*»

XV.—«Recibo la carta de usted de hoy y las noticias que contiene. Continúe usted remitiéndome las que pueda recoger concernientes á la posición de los enemigos en todas sus líneas, particularmente á retaguardia. Dios guarde á usted muchos años. —Cuartel general de Gerona, 26 de Enero de 1795.—José Urrutia.—*Sr. D. Antonio Costa.*»

XVI.—«Convendrá que usted no pierda proporción para adquirir noticias de los refuerzos que reciba el enemigo y que le proporcionen los de su fuerza y situación; pues el plan de operaciones que se prometen quizá pueda verse en precisión de variarle, aunque lo tengan determinado con las seguridades que anuncian á usted y que manifiesta en su carta del 14. Espero que usted continúe su cuidado en saber cuanto pueda y en noticiármelo para mi gobierno. Dios guarde á usted muchos años.— Cuartel general de Gerona, 16 de Febrero de 1795.—José de Urrutia.—*Sr. D. Antonio Costa.*»

XVII.—«Haga usted todo esfuerzo para proporcionarme los *Monitores* y otros papeles públicos con regularidad y con la mayor puntualidad posible, en inteligencia de que además de pagar el abono y á los conductores, le agradeceré á usted mayormente si dichos papeles pasaran sin atraso alguno. Dios guarde á usted muchos años.—Gerona, 23 de Febrero de 1795.—José de Urrutia.—*Sr. D. Antonio Costa.*»

XVIII.—«Por su carta de usted de ayer quedo enterado de las diligencias con que procuró el desempeño de mi encargo. No lo pierda usted nunca de vista; pero camine siempre con la cautela qu exige tan delicado asunto, avisándome de todo. Dios guarde á usted muchos años.—Gerona, 13 de Marzo de 1795.—José de Urrutia.—*Sr. D. Antonio Costa.*»

XIX.—«Por la carta de usted del 12 de este mes me he enterado de las tropas que han entrado al enemigo y de la idea con que forma el cuerpo de tropas de granaderos, con lo demás que intenta. Espero que usted me continúe sus movimientos y cuanto adquiera como conviene. Dios guarde á usted muchos.—Cuartel general de Carvia, 15 de Mayo de 1795.—José de Urrutia.—*Sr. D. Antonio Costa.*»

Hasta después de firmada y ratificada la paz de Basilea, continuaron en aquella frontera los servicios de Costa, hasta que el 19 de Septiembre se le dió despacho agregándole como capitán efectivo al batallón de Frontera de la guarnición de Gerona. Ocho meses sirvió este empleo en dicha plaza. A mediados del año siguiente, en el de 1796, «hallándose, como él mismo escribe en una de sus representaciones al Rey Don Carlos IV, toda mi familia dispersa en vuestros reinos de resultas de la guerra con Francia, proporcionó la casualidad la reunión de la mayor parte de ella en Zamora, con cuyo motivo solicité licencia para pasar á dicha plaza, á fin de concertar los medios de conservar algunos bienes, reliquias de nuestro patrimonio, puesto en pública subasta por disposición de la República francesa.» Concedióselo la gracia que había pedido, y con fecha del 8 de Junio se le expidió Real licencia por término de cuatro meses para evacuar sus asuntos; pero «mientras me hallaba en marcha para Cartagena, añade en el documento referido, se declaró repentinamente la guerra contra los ingleses, en cuyo instante, posponiendo los asuntos de mi familia á los de mi obligación en el servicio, cesé en mi viaje y fuí agregado el 11 de Julio á las banderas del regimiento de la Reina.»

El restablecimiento de las relaciones diplomáticas con Francia después de los tratados de Basilea y de San Ildefonso, comenzó á producirnos una serie incesante de vejámenes con las reclamaciones y exigencias sin término de los enviados de aquel país. Las más tenaces fueron las relativas á la expulsión de España de los emigrados que á ella se habían acogido huyendo de las persecuciones de la revolución. Esta tenacidad ineborable no perdonó ni á los que, como Costa, naturalizándose aquí, se habían hecho súbditos del Rey Carlos IV, por alejados que se hallasen de la frontera francesa, y á Costa se le tuvo primero en el regimiento referido, y desde el 28 de Diciembre de 1797 agregado al de Granada, hasta que en 28 de Octubre de 1798, «de resultas de la deportación de los emigrados á la isla de Menorca, según declaró después en sus Memoriales, V. M., atendiendo á los servicios que me habían merecido su Real adopción en España, se sirvió distinguirme, eximiéndome de la ley general sobre la deportación y se dignó agregarme en el regimiento de dragones del Gobierno general de las provincias del Río de la Plata, para donde tuve que embarcarme inmediatamente, á fin de evitar la presión de los ministros franceses.»

Era gobernador y Capitán general de las provincias del Río de la Plata el Mariscal de campo D. Joaquín del Pino y Rozas, y desde que llegó á Buenos Aires el capitán D. Antonio Costa, recomendado por sus especiales servicios, dióle comisiones de guerra en la guarda principal de la frontera brasileña y en todo el territorio del Sur, en Yaguaran, en que, como siempre, reveló las notas de concepto que decoraban todas sus hojas de servicio; es decir, valor acreditado, mucha aplicación y capacidad é irreprochable conducta. En sus Memoriales posteriores, el capitán Costa sólo dice acerca del tiempo en que sirvió en Buenos Aires: «Habiéndome confiado el Subinspector general el mando del cuerpo de observación con dos cañones, desalojé á los enemigos (ingleses y lusitanos) que se habían apoderado de Cerrolargo, en la frontera del Brasil. Proclamadas las paces, el Virrey de las citadas provincias, satisfecho de mi conducta, me confirió el mando del puerto de Barragán.» En efecto, hay en el expedien-

te de Costa, un certificado del Virrey, en forma de oficio, en que le dice:

«Satisfecho de la integridad, celo y actividad de usted, le he destinado á servir la Comandancia de la ensenada de Barragán, que obtiene provisionalmente el capitán D. Joaquín Maestre, y, en su consecuencia, prevengo á usted pase á la mayor brevedad á recibirse de ella, bajo formal inventario de las instrucciones, órdenes y demás papeles y existencias pertenecientes á la misma. Dios guarde á usted muchos años. Buenos Aires, 26 de Mayo de 1802.—José del Pino.—*Al capitán D. Antonio Costa.*»

Llevaba ya, como se ve, cerca de cuatro años, desde 1798, de prestar sus servicios en aquellas provincias de la América meridional, y «aumentadas las distancias y los tiempos que me separan de mi familia—decía él mismo en una nueva representación que dirigía al Rey por medio de la autoridad superior militar bajo que servía en las provincias del Río de la Plata—, no me ha sido posible arreglar sus intereses.» Esta consideración le obligaba á solicitar de la piedad de Carlos IV nueva licencia para venir temporalmente á España, instancia que llegó á Madrid acompañada de un informe del coronel D. José Ignacio de la Quintana, visado por el Virrey marqués de Sobremonte y fechado en Montevideo el 12 de Marzo del mismo año de 1802, á cuya instancia se contestó con una Real orden expedida en Barcelona el 11 de Octubre siguiente, en que se decía: «El Rey, nuestro Señor, se ha servido conceder al capitán D. Antonio Costa, agregado al regimiento de dragones de Buenss Aires, la licencia por un año *con todo su sueldo*, para venir á España, según se ha solicitado por la instancia que me remitió V. S. con carta de 11 de Junio, núm. 143.»

Hasta el 4 de Junio del año siguiente de 1803 no tuvo proporción de embarcar en Montevideo á bordo de la fragata mercante *Amphytrita*, y provisto de otro certificado de justificación que decía:

«D. José María Calaceyte y Ponce de León, coronel de ejército y sargento mayor del regimiento de dragones de Buenos Aires: Certifico que D. Antonio Costa, capitán agregado de este

regimiento, ha servido en él con la mayor puntualidad y esmero, granjeándose por su buena conducta el amor de la tropa, el aprecio de todos sus compañeros y la estimación de sus jefes, manifestando aplicación al estudio del arte militar, según consta más por extenso en las notas que se pusieron en su hoja de servicios de la última revista de Inspección. Buenos Aires, 1.° de Junio de 1803.—José María Calaceyte.»

La navegación para España fué por todo extremo accidentada. Apenas perdida la tierra de vista se desencadenó recio temporal, de que la *Amphytrita* quedó totalmente desarbolada, habiendo sido rara fortuna hallar en la soledad del Océano un navío holandés que pudo remolcarla á Río Janeiro. Tres meses se emplearon en reparar las averías; mas Costa, impaciente y viendo lejano el término aún para la salida, pagó nuevo pasaje en la fragata portuguesa *Bella-Americana,* y con pasaporte que le suministró el Virrey del Brasil púsose otra vez en rumbo para España. Repitióse el furioso temporal, apenas alejados de la costa, y hubo que capearlo durante setenta y tres días, sin lograr remontar el cabo de San Agustín. La falta de agua obligóla después á entrar en el puerto de Pernambuco, y por tercera vez Costa tuvo que pedir pasaporte de la autoridad superior, que le fué despachado el 7 de Diciembre del año referido. Siempre con navegación penosa, al fin llegó á Lisboa el 4 de Febrero de 1804, y habiéndose presentado al Ministro de España, conde del Campo de Alange, éste le dió el cuarto pasaporte en 15 del mismo mes, con el cual pudo llegar á Madrid. Había, pues, invertido en el pasaje desde Montevideo hasta Lisboa, desde el 4 de Junio en que se embarcó hasta el 4 de Febrero en que puso el pie en territorio peninsular, ocho meses justos, no habiéndosele concedido licencia más que por un año.

En el *expediente sobre la licencia por un año concedida á don Antonio Costa, capitán agregado á los dragones dc Buenos Aires, y prórrogas que se le concedieron con todo el sueldo,* se hallan las instancias en que se revelan los curiosos accidentes de su vida; mas allí también consta el decidido favor de que se había hecho acreedor por sus servicios, porque en realidad Costa, en estos

documentos, nada pide que no obtenga por resultado de sus solicitudes un *concedido*. Por una Real orden fechada en Madrid el 6 de Junio de 1804, dirigida al Capitán general de Castilla la Nueva, D. José Antonio Caballero, y transmitida por éste al Virrey, marqués de Sobremonte, á Montevideo, se dispuso «que la prórroga de diez meses que se ha concedido al capitán D. Antonio Costa en la licencia por un año con que vino de Buenos Aires, pueda disfrutarla en Perpiñán, según lo ha solicitado». Transcurrieron los diez meses, y aún no concluídos del todo sus asuntos de familia en Perpiñán, en los primeros días de Mayo de 1805 pasó á Barcelona con ánimo de aprovechar alguna embarcación que le restituyese á su destino en las provincias del Río de la Plata; pero hallándose cerrada en el puerto de la capital de Cataluña la salida de buques de comercio para América, le era preciso transferirse á La Coruña, á fin de aguardar allí alguna ocasión para su embarque. Entonces pensó que era mejor solicitar una segunda prórroga á la licencia que venía disfrutando, y, en efecto, con fecha del día 6 elevó una nueva instancia por medio del Capitán general del Principado, conde de Santa Clara, ó para que en la Península se le agregase al regimiento de húsares de Numancia, ó para que se le dispensase la segunda prórroga. No tuvo S. M. á bien concederle lo primero, pero sí lo segundo: con todo, al expirar los cuatro nuevos meses de licencia, con fecha del 25 de Julio se le dió plaza efectiva de capitán en el regimiento de caballería de Algarbe, último destino que había de desempeñar en carrera tan dilatada.

Formó parte este regimiento de la división que al mando del Teniente general D. Gonzalo O'Farril pasó al año siguiente de 1805 al reino de Etruria desde Valencia, donde en 1.° de Octubre se hallaba de guarnición, y en la última revista de inspección que pasó en Florencia, se le formalizó la última hoja de servicios también, que consta en el expediente militar del Archivo general de Segovia, cuyo documento, donde se resumen hasta entonces todos los actos de la vida marcial de este soldado, termina una certificación del sargento mayor del cuerpo, que dice así:

«Certifico haber firmado por mí esta hoja de servicios con

arreglo á lo que me consta y ha justificado el capitán contenido en ella. Florencia, 31 de Diciembre de 1806.—ANTONIO RETANA. —V.° B.°—JOSÉ DE YEBRA.»

A pesar de esto, la división española del mando del general O'Farril, que se concertó con Napoleón para que fuese á guarnecer el reino de Etruria para seguridad de los nuevos Estados establecidos para los Príncipes desposeídos de Parma, se formó en los últimos meses del año 1805; y aunque la Reina Regente María Luisa era la hija más amada de Carlos IV y de su real consorte, las negociaciones con el Emperador, de quien había partido esta exigencia, se llevaron con tal sigilo, que ni su corte, ni su Gobierno, ni el mismo Labrador, nuestro ministro con ribetes de consejero íntimo en Florencia, supieron nada, hasta que el 1.° de Enero de 1806, el de Francia en aquella capital participó al marqués Julio Mozzi, que tenía el peso del gobierno local con el Ministerio de los Negocios Extranjeros, las providencias que en Francia se habían tomado para el paso de las tropas españolas y su próxima llegada á Toscana. En su despacho del día 3 de Febrero, Labrador decía de oficio al ministro español D. Pedro Cevallos: «Este ministro de Francia me ha mostrado un oficio del general Montchoisi, en que le avisa que el 13 del corriente llegará la primera columna de tropas españolas á Génova, y que, deteniéndose allí un día, pasará luego á Sargana, último punto de Francia, á donde llegará el 18, y hasta el cual, el mismo general tiene dadas las disposiciones para el viaje. Pide que desde aquí se envíe el itinerario y las órdenes competentes para que siga su marcha. He dicho al ministro francés que me hallo sin orden ni instrucción ninguna sobre el particular, y que debiendo el general O'Farril llegar aquí del 10 al 12, podrá tomar sus medidas; pero he reflexionado después que del 12 al 18 media muy poco tiempo para dar las disposiciones necesarias, mayormente tratándose de países poco fértiles y nada propio para el paso de tropas, en especial la caballería, y hemos quedado de acuerdo en pedir confidencialmente á este Ministerio que tome las medidas oportunas para ei mencionado objeto.»

El 10 de Febrero, en efecto, llegó á Florencia el general O'Fa-

rril, que, sin pérdida de tiempo, pasó personalmente á Pisa y Liorna para disponer el modo cómo las tropas al llegar habían de ser acomodadas. No tardó en presentarse el primer cuerpo, formado por el primer batallón de Voluntarios de Cataluña, que pasó luego á Liorna, á cuya guarnición fué destinado; después llegó el regimiento de Zamora, que fué acantonado en Liorna también, y consecutivamente el de caballería de Villaviciosa, que fué á Pisa, y el de infantería de Guadalajara y el de caballería de Algarbe, que quedaron en la capital. En este último regimiento el capitán D. Antonio Costa llegó mandando el quinto de los cinco escuadrones qne lo constituían.

Como la estancia de las tropas españolas se creía que sería muy prolongada en esta parte de Italia, en los primeros días de Abril arribaron las familias y equipajes de la oficialidad de estos cuerpos, no sin dar ocasión á incidentes varios, desagradables todos. Por una parte, los agentes franceses las obligaron á que hicieran cuarentena antes de desembarcar en Liorna; por otra, un barco en que pasaban de Niza á Génova varios oficiales del regimiento de Zamora con sus familias y algunos soldados del mismo, fué apresado por un corsario inglés en la travesía y conducidos al puerto de Alguer, en Cerdeña. Los individuos apresados fueron en número de 90; pero además cayeron en manos del corsario los equipajes y los papeles del sargento mayor, y, aunque se envió un barco con bandera parlamentaria, los ingleses no admitieron otro arreglo que el que en el mismo Alguer propuso y llevó á cabo el cónsul D. Luis Podestá mediante un cuantioso rescate. Finalmente, todo el tiempo que la división española permaneció en Toscana, estuvo constantemente soliviantada por las arteras mañas del ministro y de los agentes franceses, que á toda costa querían inventar motivos por donde poner en pugna á los soldados españoles con la población local; pero la conducta, así de las tropas como del general que las mandaba, y del mismo ministro Labrador, fué tan acertada, que en todos los conflictos que insidiosamente se suscitaban logróse convertir en confianza y amor hacia nuestros soldades los mismos artificios que se dirigían á lo contrario.

No se ofreció para Costa, durante su permanencia en la capital de Toscana mandando su quinto escuadrón del regimiento de Algarbe, ocasión para prestar los servicios excepcionales que antes le vimos desempeñar en la guerra del Rosellón, ni los puramente militares el tiempo que sirvió en las provincias del Río de la Plata. Si con su carácter expansivo logró cimentar más en su favor el concepto que ya hizo constar en Buenos Aires el sargento mayor del regimiento de dragones, que, ponderando su puntualidad y esmero en el servicio, le describía «granjeándose por su buena conducta el amor de las tropas, el aprecio de todos sus compañeros y la estimación de sus jefes», es preciso corroborar que con estas atracciones, lo mismo en el reino de Etruria que después en las tierras de Hamburgo, y últimamente, y hasta después de su muerte, en Dinamarca, fué uno de aquellos soldados inolvidables que de tal modo se conquistaron las simpatías de los países donde fueron destinados, que lo mismo en su salida de Italia que en la de Hamburgo se llevaron las lágrimas de ternura de las poblaciones, cautivadas por sus bellas prendas, y que en la lejana provincia danesa de Jutlandia dió motivo á los recuerdos y holocaustos que producen este estudio.

Si entró en los cálculos de Napoleón al hacer las repetidas extracciones de nuestras tropas en 1806 para Italia, en 1807 para Alemania y Dinamarca y en 1808 para Portugal de que la presencia de nuestro ejército demostrase ante la opinión de Europa la decadencia y ruina en que España se encontraba, según decantaban los periódicos, los folletos, los opúsculos que tanto prodigaba la prensa de París para desacreditarnos y preparar la opinión pública á la justificación del pensamiento, ya puesto por obra, de destronar nuestra Familia Real, envilecer el nombre de sus Príncipes y ministros y mostrarse Napoleón como el salvador de una nación degenerada, en esto, como en todo, se equivocó. Ya, desde que los soldados españoles pusieron el pie en la frontera para atravesar la Francia, siguiendo los itinerarios á los destinos que se le habían marcado, comenzaron á darse quejas por los generales franceses á los que mandaban aquellas tropas sobre pretendidos desórdenes y excesos; pero éstos, á pesar de las afir-

maciones de Boppe, no se pudieron testificar. El ministro de España en Etruria, D. Pedro Labrador, en despacho oficial á don Pedro Cevallos del 19 de Abril de 1806, le decía: «Las tropas del Rey, nuestro señor, que se hallan de guarnición en Toscana, continúan dando pruebas de la más exacta disciplina, y hacen el servicio alternativamente con las del país, con las cuales tienen la mejor armonía. S. M. la Reina Regente (la Infanta de España María Luisa) ha puesto sumo esmero en que no se note preferencia ni predilección ninguna á favor de las referidas tropas, y estas disposiciones, tan propias de la prudencia de S. M., han hecho el mejor efecto y contribuído á disipar el temor de los toscanos, naturalmente recelosos y poco inclinados á los extranjeros. Se portan tan bien los oficiales y los soldados españoles, que es de esperar que, empezando ya á entender la lengua del país y á acomodarse á sus costumbres, no solamente seguirán no dando lugar á quejas, sino que se harán amar.»

Cuando en la primavera del año siguiente de 1807 la versatilidad de pensamientos de Napoleón obligó á aquellas tropas á salir del reino de Etruria, ya condenado por él á su completa extinción, para incorporarlas á la división auxiliar del Norte que mandó el marqués de la Romana, las cartas de oficio que se cruzaron entre el general D. Gonzalo O'Farril, que las había mandado en Italia, y el ministro toscano Julio Mozzi, y entre el referido general y el Gobierno de España, dieron á la ilustración de la historia la corroboración de lo que poco después de la llegada de aquellos soldados al reino de Etruria había predicho el consejero y ministro Labrador. En la carta de Mozzi á O'Farril del 31 de Mayo, contestando á la noticia oficial que éste le había dado de la evacuación del país por parte de nuestras tropas, el ministro toscano decía: «Non posso occultare all'Eccellenza Vostra ch'una tale notizzia é riuscita sensibilissima á questo Reale Governo, e per la sicurezza che davano tale truppe, è per la esatta e scrupulose loro condotta, per cui tutti ceti di persone, si erano sinceramente ataccate alle medessima.» En la contestación de O'Farril, fechada el 18 del mismo mes, el general español decía al ministro toscano: «Esta superior determinación

aleja á la verdad de este país unas tropas que por su conocida lealtad á sus Soberanos y por su gratitud á la benigna acogida y generosa asistencia que han debido á este Gobierno, reputaban ya sus intereses íntimamente unidos á los de sus naturales; pero cuando se trata del bien general y de poder contribuir á él, aunque sea en lo más mínimo, ningún sacrificio se hace penoso, sobre todo á los Soberanos, que son padres de sus vasallos. Los jefes, oficiales, particulares y la tropa toda, á quienes comuniqué desde luego las expresiones del sentimiento con que este real Gobierno supo su anunciada marcha, según se sirvió V. E. manifestármelo, me han pedido que por medio de V. E. llegue á los RR. PP. de S. M. la Reina Regente la más sincera y respetuosa expresión de su amor y gratitud, unida á la de su vivo deseo por la prosperidad de sus vasallos, cuya benevolencia y buen trato dejarán siempre impresiones muy duraderas en sus corazones. Fiel intérprete yo mismo de estos sentimientos, se añade á mi satisfacción la de comunicárselos al ministro de S. M., que tanto ha contribuído á que se hayan realizado sus reales y benéficas intenciones.» Por último, en la comunicaciún del mismo general O'Farril al Gobierno español del 30 de Abril en curso, se leen estas palabras, síntesis de toda esta moción de sentimientos: «Al testimonio constante y siempre consecuente con que este real Gobierno acaba de acreditar la satisfacción general que causaba en este país la disciplina y buena conducta de nuestras tropas, se han unido en esta ocasión las demostraciones menos equívocas de iguales sentimientos por parte de este vecindario y el de las otras ciudades del reino en que han sido empleadas estas tropas. S. M. la Reina Regente, no contenta con haber mandado que se pusiese el mayor esmero en la asistencia de nuestros soldados durante su permanencia en este reino, y que se les franquease gratis para la marcha cuantos auxilios han sido necesarios, ha extendido su real clemencia á que se socorriesen las mujeres y familias de los oficiales é individuos de tropa más necesitados, franqueando al intento 5.000 zequines.» Hay que marcar bien en esta disposición simpática hacia las tropas españolas, así de la expedición de O'Farril á Italia, como de la del marqués de la

Romana al Norte, que la Europa, reconocida, lograba ver en nuestros soldados desde las lejanas guerras de la República y de la Convención francesa, por vez primera, el comportamiento hidalgo de fuerzas civilizadas, en contraposición á aquellas hordas de aventureros rapaces, groseros, arrogantes y sangrientos que constituían los ejércitos franceses, ya los mandasen los generales republicanos, ya el mismo Napoleón, ya se nutrieran sus filas de las conscripciones de Francia y de los allegados de los países que Bonaparte, ó dominó con la espada, ó atrajo con la condescendencia á sus excesos.

La opinión que en Italia se formó de nuestras tropas, así por su presencia y bizarría, como por su disciplina y moderación, fué la misma que sucesivamente fué conquistada en su elogio y prestigio, primero en Hamburgo, después en Dinamarca. El señor Jh. Holtzmann ha publicado en 1907 en Hamburgo un opúsculo titulado *Dos Spanische Militär in Hamburg, 1807 y 1808;* trabajo interesantísimo, porque es la apoteosis de los cuerpos de la expedición del marqués de la Romana, que allí acantonaron en aquel tiempo, en el que se estudian y se decantan sus costumbres, se exalta el espíritu de atracción y simpatía que llevaron á aquel país, á pesar de hallarse tan fatigado con la presión de tantos soldados de otras procedencias con que el despotismo de Napoleón afligió y agotó todo territorio donde puso su planta ó sobre el que hizo pesar el gravamen de su influencia; el Sr. Karl Schmidt, profesor en el Gimnasio superior de Odensee, dió á la estampa en Kjöbenhaven en 1901 su obra monumental *De fremmede Troppers Ophold i Danmark i 1808* (Estancia de las tropas extranjeras en Dinamarca en 1808), cuyos capítulos I, IV, V, VI, VII, IX, X y XI exclusivamente casi lo ocupan los incidentes de la división española del m rqués de la Romana, desde su llegada y acantonamiento en la isla de Fionia y en el Schleswig y la Jutlandia, hasta los acontecimientos de los regimientos de Guadalajara y Asturias en la isla de Zelandia, la reconcentración en el Langeland y la fuga á Suecia para repatriarse á España. Y aunque así este ilustre escritor, como anteriormente F. Schierne en en su obra *Spanierne i Danmark* (Copenhague, 1835), H. P. Mum-

me (1848), Thorsöe (1873), J. Kornerup (1892), el obispo Cristino Daugaard (1896) y Karl Theodor Sörensen (1903), en obras de que aquí no puede darse mayor noticia, á una hicieron el elogio de las tropas españolas, cuyo recuerdo grato tan firme ha quedado en aquellas provincias de Dinamarca, nosotros, que al tejer la propia historia tenemos el deber de dar la justa preferencia á nuestros documentos nacionales, no podemos dejar de recordar aquí los términos en que, corroborando estos sentimientos, contemporáneamente se expresaban con los Gobiernos que entonces llevaban la dirección del Estado, nuestros ministros acreditados en Hamburgo y en Copenhague, D. Juan José Ranz Romanillos y D. Alfonso de Aguirre, conde de Yoldi.

El ministro de Hamburgo Ranz Romanillos, que el 14 de Agosto decía: «El ejército español, auxiliar de Francia, va á reunirse todo en esta ciudad, y será inmediatamente bajo las órdenes del Príncipe de Pontecorvo. Ya ha llegado aquí todo el Estado Mayor, excepto el general marqués de la Romana, que se espera esta tarde. También ha entrado el primer batallón de Barcelona, el regimiento de infantería de la Princesa y parte de la artillería. Sucesivamente vendrán todos los otros cuerpos, aun los que se hallan haciendo el sitio de Stralsund, según me ha dicho el mismo mariscal Bernadotte. Las tropas llegan en mejor estado que se podía esperar de las marchas larguísimas y mal concertadas que las ha obligado á hacer el mariscal Kellerman por toda Alemania»; el 21 añadía: «De las tropas españolas, venidas de Etruria, y que se hallaban delante de Stralsund, parte ha recibido orden de venir á estas inmediaciones, y parte de ir á Lubeck. De resultas, el regimiento de infantería de Zamora debe ya hallarse en dicha ciudad, y la caballería de Villaviciosa se espera en Lovenburg. El regimiento de caballería del Infante, que viene directamente de España, ha entrado en esta ciudad. La mayor parte se ha alojado en uno de los arrabales, y algunas compañías han pasado á una aldea inmediata. Los soldados han llegado en buen estado; pero da lástima ver los caballos. Necesita lo menos dos meses de descanso para reponerse. Nuestros soldados se conducen perfectamente en esta ciudad, y los habitantes los estiman

más que á ningunos de cuantos por aquí han pasado. Están contentos con ellos, cuanto es posible con unos huéspedes que tienen que alojar en sus casas y alimentar á sus expensas.» Al comenzar la primavera de 1808, ya toda la división española se hallaba en marcha de Hamburgo para la Fionia y la Jutlandia, y Ranz Romanillos aún escribía el 25 de Mayo al ministro D. Pedro Cevallos, en Madrid: «Oficiales españoles que han regresado ayer aquí, refieren que nuestras tropas, con la moderación y frugalidad que es característica de la nación, continúan granjeándose los ánimos de los holandeses de los países por donde transitan, como se habían ganado los de los hamburgueses, los cuales, en la necesidad de alojar y alimentar tropas extranjeras, *las prefieren á cuantas han conocido en su ciudad.*»

Antes de que las tropas españolas fueran destinadas á Dinamarca, el conde de Yoldi, que con motivo de las hostilidades de los ingleses contra Copenhague y el bombardeo de esta ciudad, había andado errático siguiendo con los demás diplomáticos, ya el Rey Cristiano VII, ya al Príncipe real Federico, desde Kiel, donde se hallaba el 9 de Noviembre de 1807, pasó á Hamburgo «para surtirse de ropas de invierno». El 21 por la mañana regresó á Kiel, y desde esta ciudad el mismo día dirigió al Gobierno de Madrid un despacho, en que decía: «Esta mañana he regresado de Hamburgo, donde no me di á conocer más que á D. Juan José Romanillos. Pero antes de verificar mi partida, no pude resistir al deseo de ver al Comandante general de las tropas del Rey y á algunos oficiales, y así les hice visitas, usando igual atención con el Mariscal francés, Príncipe de Pontecorvo, y con el Ministro de Francia. He observado con mucho gusto, los pocos días que me he detenido en Hamburgo, que las tropas del Rey se han adquirido la estimación general por su conducta y disciplina, y que los habitantes, aunque naturalmente no pueden soportar con gusto la carga de alojar y alimentar las tropas, confiesan se les hace llevadera por la moderación y honradez del soldado español.» ¡Qué mucho que, como se dice por el señor Holtzmann en su reciente opúsculo *Das Spanische Militär in Hamburg, 1807-1808*, cuando nuestras tropas partieron de

aquella ciudad y su territorio, salieran á despedirlas y agasajarlas hasta las mujeres y hasta más de tres leguas de distancia!

A mediados de Mayo de 1808 el ejército franco-español del Príncipe de Pontecorvo, al auxilio de Dinamarca, compuesto de 26.040 hombres, de los cuales los 13.639 eran los españoles que constituían la división del marqués de la Romana, se hallaba en marcha, dividido en 13 columnas, de las que el viernes 18 la primera pasó el Gran Belta. No cabe aquí la relación circunstanciada de las incidencias á que dieron lugar en este avance las versátiles resoluciones de Napoleón; pero en el despacho del conde de Yoldi, escrito en Copenhague el 2 de Abril, y donde ya comenzaba á quejarse de la falta de correos en España, daba noticias de que el príncipe de Pontecorvo había pasado de las islas de Falster y Laaland á la de Longeland y de allí á la de Fionia, donde le esperaba su esposa. Los Príncipes permanecieron en el puerto de Nyborg, en compañía del marqués de la Romana, Comandante general de las tropas españolas varios días, y Yoldi, con este motivo, así acababa: «Como dicho General dará cuenta de lo que toca á su expedición, sería ocioso que yo tratara de esto, y así sólo diré á V. E. que las noticias que aquí se reciben por las *Gacetas* y por las cartas particulares de la buena disciplina y moderada conducta que observan las tropas españolas, les gana todos los corazones, confirmando á todos en el concepto que generalmente ha merecido siempre nuestra nación de pundonorosa y noble en sus procederes.» En despacho de 21 de Junio el conde de Yoldi volvía á escribir: «Tengo noticia de que estos días ha pasado á estas islas de la de Fionia el segundo batallón del regimiento de infantería de Asturias: de modo que ya están aquí (isla de Zelandia) los tres batallones de dicho regimiento. Todo el mundo se hace lenguas aquí para alabar la conducta de nuestros españoles por la honradez, frugalidad y moderación con que se portan con sus huéspedes; y esto, no dudo causará á esa Junta de Gobierno (la que creía que presidía aún el infante D. Antonio por delegación del Rey Fernando VII) como á mí la mayor satisfacción. Dicen que si las circunstancias lo permiten pasarán aún á estas islas otros cuerpos españo-

les; *pero que debe venir en breve un General francés que tomará el mando de estas tropas.*» La última de estas noticias ya prepara los acontecimientos que pronto habrán de sobrevenir en nuestros bizarros soldados de la legendaria expedición.

En cuanto al capitán del regimiento de Algarbe, D. Antonio Costa, su personalidad, por su posición subalterna, se confunde entre la generalidad de los que componían una y otra división española, la de Etruria y la de España, que en Hamburgo reunió, bajo su disciplina, el marqués de la Romana. Ya se ha dicho que durante su permanencia en Toscana con su regimiento y el de infantería de Guadalajara, tocóle guarnecer la capital de aquel reino. Tomadas las disposiciones para su paso al Norte en la expedición auxiliar, luego que el general O'Farril recibió en Florencia el itinerario y los pasaportes para la movilización de las tropas que tenía bajo su mando, itinerario y pasaportes despachados en Milán con fecha del 15 de Abril de 1807 por el general Charpentier, jefe de Estado Mayor del príncipe Eugenio, virrey de Italia, divididas en cinco columnas aquellas fuerzas, que habían de partir de sus acantonamientos, con intervalos de dos días entre columna y columna y hacer 29 jornadas desde Barberino hasta Augsburgo, habiéndose puesto en marcha el 22 del mismo mes la primera, formada por los dos batallones del regimiento de infantería de Guadalajara, al de caballería de Algarbe, á que él pertenecía, y que formaba la segunda, tocó salir el 25; el 28 al de Villaviciosa, que se hallaba en Pisa, y el 1.° de Mayo á los voluntarios de Cataluña y al destacamento de artillería, y el 4 al regimiento de Zamora, que se hallaba en Liorna. La primera de estas columnas iba acompañada hasta el Tyrol por un oficial del Estado Mayor francés en Italia, Mr. Grasse-Tilly, y le precedía, para ir arreglando las cosas del camino, el teniente coronel español D. José de Imaz. En esta disposición, la división de Etruria pasó los Apeninos y fué inmediatamente dirigida por el Tyrol, la Baviera y la Franconia, para ir á formar parte del cuerpo de observación, que al mando del mariscal Brune tenía por misión defender las embocaduras del Ems, del Weser y del Elba, teniendo en jaque la Pomerania sueca.

Toda la división española del mando del marqués de la Romana era entonces intención del emperador Napoleón que se reuniera en el Hannover, á donde las tropas procedentes del reino de Etruria habían de ser las primeras en llegar; y el mariscal Brune tenía órdenes superiores de darlas á su llegada un breve descanso, y después hacerlas colocar sobre Hamburgo, Holanda y Stralsund. Arreglada á estas disposiciones la marcha de aquellas tropas, el 12 de Junio el regimiento de Guadalajara, siempre á la cabeza de aquel ejército, hacía su entrada en Hannover, conforme testificaban las cartas de Francfort del 22, insertas en la *Gaceta de Madrid*. De la de la caballería de Algarbe el 15 y de la de Villaviciosa el 18 daba noticia otra carta de Berlín, del mismo día 18, que la *Gaceta* publicó el 14 de Julio, y en la que se anunciaba para el 21 de Junio la llegada del primer batallón de voluntarios de Cataluña y el destacamento de artillería y para el 24 la de la infantería de Zamora. Así, las cartas de Francfort, como las de Berlín, referían la admiración que en aquellos pueblos causaba que los soldados españoles no bebiesen cerveza, y que acostumbrasen echar agrio de limón en el agua que bebían. En otra carta del día 18, también de Hannover, inserta en la *Gaceta* del día 17 de Julio, se daban las noticias siguientes: «El regimiento español de caballería de Algarbe marchó esta mañana á los bailajes de Langelhagel y Burgwedel, y el de Villaviciosa ha entrado aquí después. El Gobernador general Salutte dió ayer un banquete á los oficiales del regimiento de Algarbe. Todo el mundo elogia la bella presencia y la disciplina de las tropas españolas. La división de éstas, acantonada en el Hannover, consiste en los regimientos de infantería de Guadalajara y Zamora, y el batallón de voluntarios de Cataluña y los de caballería de Algarbe y Villaviciosa.»

El primer pensamiento de Napoleón sobre el empleo de las tropas españolas, modificóse luego por las exigencias de su policía, respecto á Inglaterra y á Dinamarca en el Báltico. En ejecución el proyecto de la constitución de un nuevo Gobierno general de las ciudades Anseáticas bajo el Príncipe de Pontecorvo, ordenó, al formar el plan de las fuerzas francesas, holandesas y

españolas con que había de nutrir aquel nuevo ejército, que las últimas fuesen el nudo de todas ellas; y así, dispuso que conforme fueran llegando las pocas que aún restaban de Etruria y las que directamente venían de España, se fueran dirigiendo á Hamburgo. Pero el mariscal Brune, que ya tenía bajo su mando el núcleo de las primeras, y que á la sazón estrechaba el asedio de Stralsund en la Pomerania sueca, hasta donde nuestras tropas habían llegado, á pesar de las órdenes del Emperador y de la presencia del mariscal Berthier para conminarle aún más á desprenderse de ellas, se opuso á esto para no disminuir las fuerzas con que sostenía el sitio de aquella plaza, habiendo puesto á las órdenes del General conde de Molitor los regimientos de infantería de Guadalajara y Zamora, el batallón de Cataluña, los regimientos de caballería de Algarbe y Villaviciosa y el tren de artillería al mando del capitán D. José López, que lo era de la primera compañía del primer regimiento de aquel cuerpo en la Península. La única ocasión que en aquella empresa tuvieron las tropas españolas de acreditar, ante los ejércitos extranjeros entre quienes militaban, el temple de su valor y denuedo, fué la que les proporcionó este sitio de Stralsund. Napoleón, el 22 de Julio, había escrito al mariscal Brune: «Estrechad el sitio de Stralsund; poned en orden vuestro ejército; y si no tenéis necesidad de los holandeses y de los españoles, dirigidlos á Hamburgo. Allí está el Príncipe de Pontecorvo para tomar el mando de las ciudades Anseáticas y reunir todas las tropas españolas, de que creo no tenéis necesidad. Pero si fuera lo contrario y las fuerzas que tenéis, con las que de Kolberg os he enviado con la divisón italiana no fueran suficientes, podéis conservar la división española que viene de Etruria.» El parte oficial dirigido á España por el jefe de nuestras tropas, sobre la participación que éstas tuvieron en la acción del 6 de Agosto siguiente por la salida que de la plaza hicieron algunas suecas, dice que «habiendo recibido el batallón de Cataluña y los dragones de Villaviciosa orden del general francés (Molitor) para adelantarse hacia la plaza, lo verificaron, apoderándose de los atrincheramientos avanzados del enemigo, desalojándole y persiguiéndole hasta las inmediaciones

de la estacada y obligándole á encerrarse en el recinto de la plaza.» A esto añade que «la acción duró desde las dos de la mañana hasta las nueve», y que «despreciando las tropas el fuego del fusil y cañón enemigo, y arrostrando con denuedo los riesgos, ocuparon dichos puntos, quedando situados en ellos.» El elogio de esta acción, sin embargo, le hizo el general francés, conde Molitor, en el parte que dirigió al mariscal Brune desde Ketenhagen el 11 de Septiembre siguiente, en el cual, entre otras cosas decía: «Je ne puis assez faire l'eloge de l'esprit d'honneur, d'enthousiasme et de valeur qui animait des troupes espagnoles: chaque officier, chaque soldat paraissait penétré des sentiments de loyauté et d'attachement qui unissent Sa Majesté Catholique á notre auguste Empereur.» Después individualmente alababa á los jefes, oficiales y cuerpos que más se distinguieron, en cuya recompensa hizo una extensa propuesta para que fuesen condecorados con las insignias de la Legión de Honor, según sus grados.

Napoleón ya había observado por sí mismo la bella presencia de las tropas españolas. Hecha la paz de Tilssit, de regreso para Francia, para el día 23 de Julio se había anunciado su llegada á Francfort, donde á la sazón se hallaban algunas de las que venían de Toscana, y para recibirle en esta ciudad se hicieron formar desde la puerta de Todos los Santos hasta el palacio donde el Emperador había de alojarse las milicias urbanas locales interpoladas con el regimiento 33 de infantería de línea francesa y los regimientos españoles de Zamora y la Princesa. No llegó á Francfort Napoleón aquel día, pero sí al siguiente, y aunque abstraído en su entrada por el frenesí de las aclamaciones de que era objeto, al pasar por delante de aquellos soldados que le rendían el homenaje de nuestras ilustres banderas contuvo el caballo para saludarlas con visible simpatía. El 3 de Agosto, no pudieron dejar de merecérselas de igual modo en Maguncia los 1.500 hombres de nuestro ejército, entre ellos 500 caballos que aquel día llegaron á esta ciudad, al General Kellermann que las revistó, y en Hannover, el mismo día, hasta los soldados franceses salían á presenciar la llegada de un tren de artillería españo-

la, compuesto de seis obuses y 18 cañones de varios calibres, y acompañado de varias partidas de infantería ligera.

El 2 de Agosto, el Mariscal Príncipe de Pontecorvo tomó posesión del Gobierno de las ciudades Anseáticas y el mando del ejército que había de ocupar la línea que se formaría desde Hamburgo hasta Lubeck, y en la que las tropas holandesas se situarían en las costas del mar de Alemania, desde las fronteras de Holanda hasta la embocadura del Elba, y en la parte inferior de este río la división española. El 17 anunciaba Ranz Romanillos la llegada del General Marqués de la Romana, que se había verificado el sábado, 15, por la tarde, y el 26, después de la llegada del regimiento de infantería de Asturias, que se verificó dos días antes, el Mariscal Bernadotte pasó revista á todas las fuerzas españolas, reunidas ya en Hamburgo y sus inmediaciones, mandando hacer varias evoluciones á nuestra caballería. El Ministro de España, en su despacho del día 27 á D. Pedro Cevallos, le decía: «El Príncipe quedó muy satisfecho de su manera de maniobrar y de lo que los franceses llaman *la bonne tenne* de las tropas, y así lo hizo anunciar á los cuerpos. Concluída la revista dió un almuerzo al Estado Mayor y jefes españoles, é inmediatamente partió á Lubeck, acompañado del marqués de la Romana.» De la situación de la división española en Hamburgo en esta fecha, el marqués de la Romana dió cuenta al Príncipe de la Paz, en carta de 24 de Agosto, de la que los Inspectores generales de Artillería é Ingenieros y Mariscales de campo don José Navarro Sangrán y D. Antonio Samper, quienes por delegación del Príncipe Generalísimo Almirante, desde un principio llevaron por sí cuanto se relacionó con la expedición auxiliar al Norte, dieron el siguiente traslado al Ministro de la Guerra, marqués Caballero.

«Excmo. Sr.: Para que el Rey nuestro Señor tenga noticia de los movimientos de sus tropas que se hallan en el Norte de Alemania, nos manda el Sermo. Sr. Generalísimo Almirante hagamos á V. E. una exposición de los partes que da á S. A. el Marqués de la Romana, General en jefe de la división española auxiliar de Francia. Por cartas de este General de 24 de Agosto

último, escritas en Hamburgo, ha sabido S. A. que reunida la división española, menos los regimientos de dragones de Almansa y Lusitania, de los cuales el primero no había llegado á la sazón, y el otro se halla detenido en Perpiñán de orden del Emperador de los franceses, la ha distribuído el Príncipe de Pontecorvo en los acantonamientos siguientes:

»A la plaza de Hamburgo la guarnecen los regimientos de infantería de Asturias, Princesa, batallones ligeros primero de Cataluña y primero de Barcelona, la compañía de zapadores y el regimiento de caballería del Infante, que está fuera de puertas. A media legua está el tren de artillería repartido en los caseríos. El regimiento de Guadalajara ocupa á Bergdosf, tres leguas distantes y en su inmediación; en la que llaman El-Sierland está acantonado el regimiento de caballería del Rey. En Laswenburg y sus inmediaciones el regimiento de caballería de Villaviciosa, y en la ciudad de Lubeck y su distrito se han colocado el regimiento de infantería de Zamora y el de caballería de Algarbe; de modo que la colocación de estas tropas tiene la figura de un triángulo.

»Expresa el marqués que la oficialidad y tropa está alojada y mantenida por sus patrones con proporción á las facultades de cada uno; que esto es causa de que no disfruten iguales auxilios unos y otros, y debe producir muchas quejas, porque aquel vecindario sufre hace mucho tiempo este gravamen y cada día escasean más los medios; que con este motivo el Gobierno de Francia no suministra pan, y que, por nuestra parte, se asiste al soldado con el prest, reteniéndole alguna porción para cumplir el empeño que ha contraído con el consumo de prendas menores en su dilatada marcha.

»Con igual fecha avisa el mismo General que acababa de llegar á Hamburgo el Mariscal de campo D. Juan Kindelán, que venía de delante de Stralsund mandando la brigada española que estuvo en la Pomerania sueca. Este General le informó de lo acaecido en la función del 6 de Agosto, en que se portaron con valor y bizarría, según lo han manifestado en sus expresiones el Mariscal del Imperio francés Brune y el General Molitor, y pu-

blicado todo aquel ejército, el regimiento de dragones de Villaviciosa y batallón primero de Cataluña. De sus resultas han tenido éstos cinco muertos y ocho heridos, entre ellos el teniente D. Francisco Camilleri y el subteniente D. Francisco Piñeyro. Del de dragones de Villaviciosa hubo dos muertos y dos heridos, con pérdida de cinco caballos. El General Kindelán recomienda al coronel D. Juan Antonio del Río, capitán de este último cuerpo, que mandaba la vanguardia.

»Nuestro Señor guarde la vida de V. E. muchos años.—Madrid 13 de Septiembre de 1807.=Excmo. Sr.=José Navarro.=Antonio Samper.=*Excmo. Sr. Marqués Caballero.*»

No es posible resistir la inserción aquí de los dos extractos de cartas, una de Francfort, del 19 de Septiembre, y otra de Hamburgo, del 6 de Noviembre, que se publicaron en la *Gaceta de Madrid* del 6 de Octubre y 1.° de Diciembre de 1807, respectivamente, acerca de la situación de nuestras tropas en el territorio de esta última ciudad libre de Alemania. La primera decía: «Escriben de Hamburgo que cada día se aumenta en aquella ciudad y sus contornos el número de tropas españolas, y que los habitantes están muy contentos de ellas por la buena disciplina que observan.» La segunda se expresa así: «Ocho mil españoles están acantonados en esta ciudad y sus inmediaciones. Vivimos en la mejor inteligencia con estos extranjeros, trasladados como por encanto á nuestros hielos desde los climas ardientes del Mediodía. Los calores extraordinarios de este verano les han hecho hasta ahora soportable nuestro clima, pero ya empiezan á arroparse con sus capotes. Por lo demás, son tropas valientes, siempre alegres y entretenidas en juegos y ejercicios nacionales. Aquí se ven una porción de soldados encaramados unos sobre los hombros de otros para formar un castillo ó pirámide; allí otros se desafían á correr y saltar. Más allá otros lanzan el canto ó la barra. Al lado de estos corrillos divertidos se ven otros jugando á los naipes y á la mona y entonando sus canciones de los carreteros y arrieros. El pueblo hamburgués contempla con admiración el espectáculo de estas costumbres extranjeras, y los muchachos en todas partes imitan ya los juegos de los españoles.»

Desde que en el despacho de 14 de Agosto Ranz Romanillos, nuestro Ministro en Hamburgo, explicando algunos actos del Mariscal Bernadotte según los proyectos del Emperador, anunció que las tropas españolas serían enviadas á ocupar el Holstein, añadiendo que «si Dinamarca se declaraba contra los ingleses, lo que nadie creía, era posible que también entrasen hasta la isla de Zelandia y Copenhague, pero entonces no como enemigos, sino como auxiliares»; á nadie cupo duda en la división de la Romana que su estancia en Hamburgo sería de muy corto tiempo. En otro despacho del 6 de Noviembre, así se expresaba Ranz Romanillos: «Luego que se supo aquí que los ingleses evacuaban la isla de Zelandia y el puerto de Copenhague, se creyó generalmente que las tropas españolas, no siendo ya necesarias en el Norte, regresarían á España. Pero no hay ninguna apariencia de que el regreso se verifique tan pronto, y probablemente habrían dado lugar á este rumor varios movimientos que ha hecho nuestra caballería, pero éstos han tenido por objeto el acantonamiento en parajes menos húmedos.» Y el 13 daba cuenta del gran sarao que el día anterior tuvo el marqués de la Romana, con baile y cena, para celebrar los años del Rey D. Carlos, cuando á Hamburgo llegaban las noticias de los sucesos de España que produjeron la ruidosa y decantada causa de El Escorial contra el Príncipe de Asturias. «La reunión—escribía Ranz Romanillos—fué en el salón de Apolo de esta ciudad, que se hallaba perfectamente decorado con trofeos militares y las banderas de las potencias aliadas y amigas. Asistieron á la fiesta el Mariscal Bernadotte, todo su Estado Mayor y varios Generales franceses, el Cuerpo diplomático, los Magistrados del país, el Estado Mayor español con toda la oficialidad española, varios oficiales daneses y todas las personas de distinción de la ciudad. El baile principió á las ocho, se interrumpió á las doce y media, en que se sirvió una espléndida cena á cerca de 400 personas, y se continuó después hasta las cuatro y media de la mañana. En salas contiguas al salón se habían puesto mesas de juego para que hubiese diversión acomodada á todas las edades y gustos. Durante el baile se sirvió ponche y otras bebidas de la estación. Los ham-

burgueses olvidaron en aquellos momentos lo mucho que están padeciendo. Reinó mucha alegría, y la fiesta fué digna de su objeto.»

Al fin, en su despacho del 12 de Febrero de 1808, Ranz Romanillos decía al Ministro Cevallos, en Madrid: «Aquí se dice, hace dos días, que el ejército del Príncipe de Pontecorvo, del que hace parte la división española, ha recibido orden de su entrada en Dinamarca. No se sabe aún si el Príncipe real consentirá la entrada en su territorio de tropas extranjeras, cuyo auxilio no ha pedido, y se habla problemáticamente de si entrarán como amigos ó como enemigos.» Y el 19: «La división española ha recibido orden de estar pronta para marchar al primer aviso. Se cree irá á Suecia, pasando por Dinamarca.»

Lo mismo que en Hamburgo, en Copenhague llegaban á oídos de nuestro Ministro en la corte de Dinamarca los rumores de estos movimientos, que en despacho del 8 de Mayo comunicaba á á España, diciendo: «El 4 del corriente ha empezado á ponerse en marcha el ejército al mando del Príncipe de Pontecorvo, compuesto de tropas españolas y francesas. Se supone llegarán el 15 á Copenhague, dándoles dos días de descanso.» Pero el caso era que en la capital danesa se creía que aquellas tropas no iban más que de paso, para dirigirlas contra Suecia. Ranz Romanillos, desde Hamburgo avisaba la salida del Príncipe de Pontecorvo el 8; las del marqués de la Romana con su Estado Mayor, el 11 á las siete de la mañana, y de las tropas, que comenzaron á desfilar el 7 por columnas, los últimos cuerpos no saldrían hasta el 17, no quedando de las nuestras en Hamburgo más que los enfermos, el cuerpo de Ingenieros y las mujeres de los oficiales y soldados que habían seguido á sus maridos, y á las que se les dió orden de no pasar adelante. Eran 50 ó 60 entre mujeres y niños, y entre los enfermos el general Salcedo, el comandante del primer batallón de voluntarios de Barcelona, y el coronel del regimiento de caballería del Infante. El conde de Yoldi, en despacho del 15 de Marzo decía: «El ejército del Príncipe de Pontecorvo en marcha, consta de 26.040 hombres, de los que 13.639 son españoles. Vienen marchando en 13 columnas, de las que la prime-

ra pasará el viernes 18 el gran Belta. Antes de llegar ésta, el conde de Bernstorff, en la mañana del 16, puso en conocimiento de nuestro Ministro en Copenhague que el 13 había fallecido de muerte repentina el Rey Cristiano VII en Rendsburg, y que aquel mismo día iba á ser proclamado solemnemente el Rey Federico VI. En efecto, esta ceremonia se verificó á las once del día, no habiendo asistido los Ministros de Rusia, Francia ni España, por no haberse podido poner de acuerdo para este acto.» Pontecorvo, que había llegado la noche antes, el día de la proclamación comió con el nuevo Rey.

El 19, Pontecorvo visitó en su residencia oficial al Ministro de España, con quien celebró una conferencia *á solas*, sin intervención del Ministro francés Mr. Didetot, y en la que el Mariscal le dijo que el ejército, cuya primera columna francesa debía llegar el 21 á Copenhague, retardaría su llegada por haberse cambiado el orden de marcha por mandato expreso del Emperador, que había dispuesto que las divisiones francesas hicieran alto en Fionia, para que las españolas se pusieran á la cabeza. «Esta mudanza, decía Yoldi, retardará considerablemente la expedición y podrá ser causa de que una gran parte del ejército aliado se quede sin pasar á Zelandia, sirviendo de pretexto el decirse que se había sabido que una fragata inglesa de 36 cañones y un brick de guerra estaba cruzando el Gran Belta, y que esto haría arriesgado y difícil el paso de los buques en que se había de hacer el transporte de las tropas.» El 21, Pontecorvo partió de Copenhague acompañado del Comisario ordenador en jefe Mr. Duprat y demás empleados, y en su despacho del 22 de Mayo, Yoldi decía al Gobierno de Madrid: «Su partida, y la novedad de haberse detenido las tropas en su marcha, ha dado mucho que hablar, pues en Copenhague se creía que la expedición proyectada á Suecia se verificaría inmediatamente.» Los que por propia experiencia saben las engañosas cábalas de que Napoleón se servía para apoderarse de un país fingiendo hostilidad contra otro, como casi simultáneamente lo puso en práctica en España bajo el pretexto del paso y las hostilidades contra Portugal, no pueden menos de hallar cierto paralelismo de conducta en la ocupa-

ción de las provincias danesas, pretextando de la ruta para Stokolmo.

De cualquier modo que sea, la división española salió de Hamburgo, he aquí los términos con que el segundo del marqués de la Romana, el Mariscal de campo D. Juan Kindelán desde Middelfart, el 26 de Marzo, comunicaba al Príncipe de la Paz, cuya caída ignoraba, la parte que le cupo en la distribución que Bernadotte dió á las tropas españolas al pisar territorio de Dinamarca:

«Sermo. Sr.: Verificada la salida de Hamburgo de todos los cuerpos de la división española en la forma que tuve el honor de comunicar á V. A. con mi oficio anterior, los seguí de cerca y reviste sucesivamente, poniéndome á la cabeza de la columna formada por el regimiento de infantería de Asturias y toda la artillería y zapadores para entrar en la isla de Fionia y dirigir los regimientos sobre Nyborg, que es el punto de embarcadero para pasar á Zelandia, sin haber ocurrido otra novedad que la de que habiendo determinado el Emperador que la división española formase la vanguardia del ejército, se detuvieron los cuerpos franceses que la precedían para cederles el paso. Atravesando el pequeño Belta, recibí aquella misma noche la orden de que todos los regimientos que se hallaban en el continente suspendiesen su marcha y se acantonaran en el Schleswig y Jutlandia hasta nueva providencia. Esta determinación fué necesitada por la novedad imprevista de que se apareciesen de repente en el gran Belta una fragata y un bergantín de guerra ingleses que imposibilitaban el paso á Zelandia. En consecuencia, quedan acantonados por ahora en Fionia los batallones de infantería ligera, primeros de Cataluña y Barcelona, el regimiento de dragones de Villaviciosa y la artillería y zapadores, en el espacio entre Odensee y Nyborg, donde tiene su Cuartel general el General en jefe, y del mismo modo, en este pueblo de Middelfart y sus inmediaciones, el regimiento de infantería de Asturias. Los siete restantes regimientos de la división se hallan acantonados en el continente en la siguiente forma: En Kolding y sus cercanías, la infantería de la Princesa y la caballería del Rey. En Weile y circunferencia, la

infantería de Zamora y caballería de Algarbe. En Reppin é inmediaciones, la infantería de Guadalajara y dragones de Almansa, y por fin, en Tondern, el regimiento de caballería del Infante. Estos cantones ocupan un largo espacio de terreno y abrazan desde el mar del Norte hasta el Báltico, y como están ocupados por la mayor parte de las fuerzas de la división, ha determinado el General en jefe que yo vuelva á pasar al continente para encargarme de su mando, estar á la mira de cualquier novedad que ocurra, y dar las disposiciones convenientes en los casos ejecutivos, para lo cual debo establecerme en Kolding. Doy cumplimiento á esta orden en el día de mañana. Las fuerzas enemigas subsisten cruzando en el gran Belta, y obstruído, por consiguiente, el paso á Zelandia.—Dios guarde muchos años á V. A. Middelfort 26 de Marzo de 1808.—Sermo. Sr.—JUAN KINDELÁN.—Sermo. Sr. Príncipe Generalísimo Almirante.»

Según el despacho oficial del conde de Yoldi, fechado en Copenhague el 2 de Abril, el Príncipe de Pontecorvo, que había pasado de las islas de Falster y Laaland á la de Langeland para unirse con su ejército, de ésta se había trasladado á la de Fionia, donde le esperaba su esposa. «SS. AA., añade el Ministro español, permanecieron en el puerto de Nyborg en compañía del marqués de la Romana, poniéndose de acuerdo sobre la colocación de nuestras tropas y sus sucesivos movimientos»; y en parte de Nyborg, fecha 30 de Marzo, el marqués de la Romana daba cuenta al Príncipe de la Paz de la posición de los cuerpos, que era la misma que queda detallada en la comunicación de Kindelán, y añadía: «El ejército de mi mando está repartido en una extensión de leguas. El Sr. Príncipe de Pontecorvo me ha mandado establecer aquí mi Cuartel general, y he destinado al Mariscal de campo D. Juan Kindelán con los ayudantes de Estado Mayor D. Miguel Rengel y D. José O'Donnell á Kolding, para que atienda á lo que pueda ocurrir á los siete regimientos que han quedado de la otra parte del pequeño Belta, y á Middesfart al primer ayudante de Estado Mayor D. José Montes con su segundo D. José Guerrero.» Siete días después, el 6 de Abril, incluía en otro despacho á España la distribución que por orden

del Mariscal Bernadotte al General Gerard, Jefe del Estado Mayor general, le había remitido, fechado en Odensee el 1.º de Abril, y cuyas precisas disposiciones eran las siguientes:

«El regimiento de Zamora deberá partir el 5 de Abril de su acantonamiento de Weile y sus alrededores para entrar el 6 en Skanderborg; el 7 en Aarhus; el 8 y el 9 en Ebeltoft, Grenoac y Villaget y sus contornos, en donde acantonará hasta nueva orden. El regimiento del Príncipe partirá el día 5 de Kolding y sus inmediaciones para ir el mismo día á Weile; el 6, á Horsens; el 7, á Skanderborg, y el 8, á Aarhus, donde quedará hasta nueva orden. El regimiento del Rey saldrá de su acantonamiento de Kolding y sus cercanías el día 7 para dirigirse en el mismo á Weile; el 8, á Horsens; el 9, á Skanderborg; el 10, á Aarhus; el 11, á las aldeas á mitad del camino entre Aarhus y Randors; el 12, á Randors, y el 13, á Mariager Hoswe y sus alrededores, donde permanecerán hasta nueva orden. Este regimiento acantonará en las aldeas de las inmediaciones de Kolding, el 5, para dejar lugar al regimiento del Infante, que el mismo día pasará á Kolding. El regimiento de Algarbe partirá de las inmediaciones de Weile el 9, para llegar el mismo día á Horsens; el 10, á Skanderborg; el 11, á Aarhus; el 12, á las aldeas de la mitad del camino de Aarhus y Randors, y el 13, á Randors, ocupando la población y alrededores hasta nueva orden. Este regimiento evacuará enteramente á Weile el día 5 y acantonará en sus alrededores, para dejar plaza á los regimientos de la Princesa, el Infante y el Rey, que pasarán á Kolding el 5, 6 y 7. El regimiento de Almansa partirá el día 7 de Rippen y sus inmediaciones para ir á pernoctar el mismo día á mitad del camino de Kolding; el 8, á Kolding; el 9, á Weile; el 10, á Horsens; el 11, á Skanderborg, y el 12, á Aarhus, donde quedará hasta nueva orden. El regimiento de Guadalajara partirá el 8 de su acantonamiento de Rippen y sus inmediaciones para ir á pernoctar el mismo día en las aldeas á mitad del camino de Kolding; el 9, á Kolding; el 10, á Weile; el 11, á Horsens, y el 12, á Skanderborg, donde acantonará hasta nueva orden. La mitad de la artillería partirá de sus acantonamientos actuales el 8 para ir á pernoctar el mis-

mo día á Harrendrup, Kiersgard y Fielsted; el 9, á Middelfart; el 10, á Weile; el 11, á Horsens, y el 12, á Skanderborg, donde acantonará. Al regimiento del Infante, hallándose muy alejado, ya le he dirigido su orden de movilización. Este regimiento partirá de Tondern el 3, seguirá la misma ruta que los otros cuerpos y se dirigirá á Aalborg y sus inmediaciones, donde llegará el 13, quedando acantonado en este pueblo y sus inmediaciones hasta nueva orden.

La intención de S. A. es también que la distribución de las tropas españolas en Fionia quede hecha conforme á las disposiciones siguientes: El regimiento de Asturias deberá salir de Middelfart el 8 para dirigirse el mismo día á Arsens, donde acantonará, así como en sus inmediaciones. El batallón de caballería acantonará en Kjertaminde y sus inmediaciones. El batallón de Barcelona quedará en Nyborg. El regimiento de Villaviciosa acantonará el 4 de Abril en Swenborg, Faaborg y sus inmediaciones. La mitad restante de la artillería y los zapadores acantonarán en las aldeas sobre el camino de Odensee á Nyborg.»

Cualesquiera que fuesen las modificaciones que sobre la situación de estos cuerpos se hicieran después, esta era la base esencial de su respectiva posición, cuando algunos meses después ocurrieron los sucesos, que aún son el encanto y la admiración de la Historia. Y es indispensable, al hacer la biografía de cada uno de los soldados que en esta especial campaña se distinguieron, puntualizar bien todos estos detalles interesantes; primero, porque sin conocerlos, no puede entrarse en la verdadera apreciación de los hechos individuales que al cabo caracterizan á cada una de las personalidades que de ella se destacan, cualquiera que fuese el grado, jerarquía y papel que les estuvo encomendado; en segundo lugar, porque en acciones generales donde las personas apenas caben, y mucho más si son individualidades de subordinación como la del capitán D. Antonio Costa, la biografía del conjunto es la biografía de cada cual, pues todos se confunden en estas generalidades comunes en la entidad esencial de la personalidad colectiva.

Nadie duda, al cabo de un siglo, en que el alejamiento de los

ejércitos españoles que Napoleón exigió se sacaran de la Toscana y de España como auxiliares de sus operaciones político-militares en el Norte de Alemania, entró en el cálculo del celoso engañador para los planes que acariciaba sobre el cambio de dinastía en los reinos peninsulares y en la privación que meditaba de algunas provincias del Este y Norte de España para incorporárselas á su insaciable imperio. Sacó la división que hizo llevar á Italia, so pretexto de la seguridad de aquel reino de Etruria creado para la hija menor de Carlos IV á costa de sacrificios enormes de España, y apenas las tropas españolas salieron de allí, ya planteó por medio de sus mentidos tratados, forma hipócrita de sus incansables usurpaciones, la incorporación de aquel reino al de Italia, en la que su política le obligaba á no consentir participaciones de ninguna otra soberanía. Traspasó las fronteras del Pirineo y se internó en Francia de paso para Alemania, la división que había de mandar el marqués de la Romana é inmediatamente hizo estallar en San Lorenzo del Escorial las intrigas fraguadas bajo sus inspiraciones por su embajador y pariente Francisco de Beauharnais en el cuarto del Príncipe de Asturias, para producir las divisiones públicas y escandalosas de la Familia Real de España, con que socabar más en opinión del mundo el prestigio de aquellos Monarcas y de aquella dinastía, sobre la que de tanto tiempo atrás las oficinas de Talleyrand venían arrojando tantos libelos infamatorios. Apenas se habían reunido en Hamburgo todas las tropas que componían la expedición auxiliar española, ya procuró, por medio de los periódicos que en aquella ciudad se publicaban, comenzar á ingerir en el espíritu de nuestro ejército ideas de insumisión y menosprecio hacia sus propios soberanos, haciendo insertar en ellos los artículos capciosos que el mismo Napoleón inspiraba y contra los que nuestro Ministro Ranz Romanillos tuvo que pronunciarse en queja á los magistrados y al síndico del Senado, á quien estaba sometida la censura de las publicaciones periódicas, como comunicó á Madrid en su despacho del 18 de Diciembre de 1807, remitiendo el número del *Correspondenten* del día 8, en que se insertaba una carta que se suponía escrita en Madrid,

con fecha del 16 del Noviembre, con párrafos de otra apócrifa de Napoleón al Príncipe de Asturias, reconociéndole el mando supremo del ejército franco-español que en aquellos momentos invadía á Portugal, y en que le decía: «Recibe de las manos del conde de Haro la espada con que vengarás los repetidos ataques con que nuestros enemigos han querido incomodarnos. Primeramente dominarás los países para cuya conquista sales ahora. Francia tendrá en ti un amigo, que ha conocido los engaños de los vecinos para ahogarlos en su principio y castigar sus promotores. En esta persuasión he encargado al General Junot que haga saber al ejército, que los ejércitos con tu sagrada persona á la cabeza, representarán los míos. Tú serás el único agente de todas las operaciones y Generalísimo de mis ejércitos y yo tendré la gloria de que por este medio se estreche más tu amistad con la mía.» Aquella carta se publicaba en el *Correspondenten* en dos lenguas, la alemana y la española, para que, por este medio, pudieran leerla nuestros soldados, pues lo que se procuraba con ella era hacer ver la protección que Napoleón dispensaba al Príncipe, á la vez que los sucesos del Escorial se referían de modo que hacía aparecer á Carlos IV como un padre desnaturalizado y digna de la mayor odiosidad la ambición de sus Ministros.

Toda la correspondencia de Napoleón con sus Generales en este tiempo descubre lo que entonces era á este propósito el secreto de sus intenciones. En realidad, en pocos meses el espíritu de las tropas españolas de la expedición auxiliar había cambiado radicalmente respecto al poderoso aliado con quien servían. Salieron las unas de Italia, de la península las otras, llenas de emulación y entusiasmo por militar bajo las disciplinas de aquel genio romántico de la guerra cuya admiración tenía cautivado al mundo. En la gallarda prueba del sitio del Stralsund bien dejaron conocer qué espíritu de gallarda emulación las animaba. Pero desde que al ejército llegaron y pudieron interpretarse las maniobras desleales que produjeron las desavenencias de la Familia Real y el proceso del Escorial, aquel espíritu se reaccionó. Nuestros soldados, en Napoleón hasta entonces no habían cono-

cido más que al soldado, y ahora iban á conocer al hombre, y el hombre no era tan grande como el soldado. El mismo Príncipe de Pontecorvo observó luego esta reacción, y á fines de 1807, así lo hacía conocer al Emperador. «Creo, le decía, deber dar cuenta á V. M. de las nubes que he notado en el espíritu del ejército español. Durante los dos ó tres primeros meses, es decir, hasta el momento en que se han iniciado los sucesos de España y Portugal, no he tenido sino motivos para elogiar el espíritu que reinaba en estas tropas; después de lo que ha sucedido con el Príncipe de Asturias, se ha operado en este ejército un cambio tan notable que, según he sabido por conducto de veracidad irreprochable, les ha sugerido propósitos muy arriesgados. Había tenido yo desde un principio el proyecto de distribuirlo en acantonamientos muy diseminados y obstruir por este medio la comunicación entre unos y otros; pero reflexionándolo mejor he pensado que valdrá mucho más tenerlos á la mano para vigilarlos más de cerca, dejándolos en Hamburgo. Sobre esto he tenido una conversación con el marqués de la Romana, y tanto con él como con los demás jefes de la expedición, he mantenido un lenguaje firme y militar. Esto es lo que he hecho, y espero las órdenes de V. M.» A esta carta contestó el Emperador con otra del 19 de Enero de 1808. «He sabido con gusto la reseña que me hacéis del espíritu de las tropas españolas. Deseo conocer en qué sentido se manifiesta este espíritu. ¿Es de amistad hacia el Príncipe de la Paz ó hacia el de Asturias? ¿Qué opinión se tiene sobre este joven Príncipe? En vuestra carta no penetro la dirección de ese movimiento de ideas que habéis notado en él.»

De las dudas de Napoleón sobre este punto, fácilmente se deduce el error en que con relación al ejército expedicionario del Norte se hallaba en la obsesión que padecía respecto al acierto de su intriga sobre España. No era la masa del ejército expedicionario materia tan contumaz para recibir el influjo de sus manejos, ya contra el Rey Carlos IV y sus Ministros, ya contra el Príncipe Fernando. Los odios que sus maquinaciones por medio de sus agentes podía hacer sentir en España entre esa masa neutra que siempre ha sido fluctuante, cuando no hostil, á

toda superioridad que manda, solamente porque manda y es superioridad, no podían cultivarse en el seno de un ejército, cuyos jefes debían sus posiciones personales al favor y á la amistad del Príncipe de la Paz, con el cual se correspondían directamente, y la masa, el soldado no tenía más que una enseña de atracción que cautivaba su alma: la patria, España. Napoleón creía que con los artículos capciosos del *Correspondenten*, de Hamburgo, ó con otros medios semejantes, bastaba para inclinar el ánimo de aquellos soldados, ahora al Príncipe de Asturias contra su padre, ahora al mismo Emperador y su dinastía en contra del Príncipe Fernando y la secular que ocupaba el trono de España. ¡Error tan grande, como todas las virtudes y todas las miserias que forman el conjunto monstruoso de la personalidad humana de Napoleón! Cuando después de los sucesos de Aranjuez volvía á escribir desde París al general Berthier, el 29 de Marzo, sobre los asuntos de España, á la vez que ponía de nuevo á luz el antro cavernoso de sus ideas obscuras, caía una vez más en el error de sus impenitentes obsesiones. «Es preciso, decía, que inmediatamente se remitan por correo extraordinario al Príncipe de Pontecorvo el *Moniteur* de hoy. Advertidle que es necesario que las noticias que sobre España contiene las tenga secretas todo el tiempo que pueda. Que se ponga de acuerdo con el comandante de las tropas españolas y se tomen las medidas necesarias para que los últimos acontecimientos y los que puedan venir no produzcan ningún mal efecto en los soldados. *Sin duda el odio de aquellas tropas, como el de todos los españoles contra el Príncipe de la Paz, les hará agradables las noticias de su caída; pero como tengo entendido que en el ejército existe un partido adicto á Carlos IV, qne ha sido obligado á hacer la renuncia de la Corona, y como es posible que el Príncipe de Asturias no tarde mucho tiempo en renunciarla también*, es preciso que se oculte todo el tiempo que se pueda á estas tropas el conocimiento de estos sucesos.» No hay que decir que el mismo día el Emperador mandaba al Director general de postas del Imperio, que se detuviesen todas las cartas que procedentes de España se dirigieran al Norte, añadiendo: «Es preciso prolongar por una veintena de días el retar-

do para el curso de estas cartas, y que se las haga examinar con detención inutilizando cuantas pueden llevar á aquel ejército *un mauvais esprit.*» Por último, el 13 de Abril decía al Príncipe de Pontecorvo: «Las tropas españolas merecen alguna vigilancia: es necesario aislarlas de modo que en ningún caso puedan hacer nada.» Después le mandaba hablar con la Romana para persuadirle de que él no deseaba nada más que el bien de España y poner á este país en condiciones de ser útil á la causa común contra Inglaterra.

No habían sido las cartas particulares las únicamente detenidas en su circulación por las oficinas de los correos de Francia en conformidad con las órdenes del Emperador, sino la correspondencia oficial con los Ministros acreditados en las cortes de las potencias del Norte y las dirigidas al Comandante general de la división expedicionaria. El conde de Yoldi, que escribía en su despacho del 2 de Abril desde Copenhague «sin correos», no recibió ninguna de oficio hasta el 30 del mismo mes: en ella se le comunicaban los sucesos de Aranjuez, los decretos de renuncia y el de rehabilitación del Ministro Cevallos: después continuó la interrupción de su correspondencia hasta el 6 de Agosto. Romana, desde Nyborg, decía el 29 de Abril al Ministro de la Guerra D. Antonio Olaguer Feliú:

«Excmo. Sr.: Veintidós días ha estado interrumpida la correspondencia de España, y no puedo dar á V. E. una idea de lo que ha padecido mi espíritu, ni el disgusto de todo el ejército careciendo enteramente de las noticias que anunciaban los papeles públicos. Ayer recibí el Real decreto del 18 del mes próximo pasado que V. E. se sirve trasladarme con la misma fecha, por el cual S. M. ha venido en exonerar á D. Manuel de Godoy, Príncipe de la Paz, de los empleos de Generalísimo Almirante. De cuanto ha ocurrido en este ejército, sus movimientos y destinos, he dado aviso á D. Manuel de Godoy y paso á manos de V. E. quince copias de varios oficios de que no he tenido contestación, á fin de que, enterado V. E., pueda, si lo juzga conveniente, elevarlos á noticia de S. M. para la resolución que sea de su Real agrado. Dios guarde á V. E. muchos años. Nyborg, en la isla de

Fionia, 29 de Abril de 1908.—Excmo. Sr.—El Marqués de la Romana—*Excmo. Sr. D. Antonio Olaguer Feliú.*»

Las disposiciones de Napleón para que en el ejército auxiliar del Norte tardasen en saberse todo el tiempo que se pudiese los sucesos de España, que pronto habían de agravarse con los de Bayona y llegar á su último extremo con la protesta sangrienta del Dos de Mayo en Madrid, la heroica agresión del pueblo y la mágica defensa de los artilleros de Monteleón, no pudieron evitar que la reacción del espíritu del ejército que el Príncipe de Pontecorvo observó desde que se produjo por maquinaciones del Emperador la causa del Escorial y la entrada de sus ejércitos en la Península, so pretexto del paso á Portugal fuera en incremento continuo, exaltando la imaginación del soldado con la idea del peligro de la patria y la angustia del destino incierto de cada familia y de cada hogar. Las indicaciones de Napoleón al Mariscal Bernadotte sobre el aislamiento de las fuerzas españolas á fin de que en ningún caso pudieran hacer nada eran casi superfluas, porque ya el Príncipe de Pontecorvo había cuidado de dispersarlas de tal modo, que desde los límites Schleswig, hasta Randers, Mariager y Kalburg, al extremo Norte de la Jutlandia, sus acantonamientos se extendían por casi toda esta península, fuera de los que quedaban en la Fionia y otras islas del pequeño Belta. Sin embargo, la *Gaceta de Madrid* del 1.° de Julio de 1808, en su artículo de Dinamarac y con referencia á noticias de Odensee del 1.° de Junio, decía: «Todas las tropas francesas del cuerpo de ejército de S. A. el Príncipe de Pontecorvo han salido de la isla de Fionia y vuelto al continente. Se ha confiado la defensa de la isla al cuerpo del ejército español del mando del Excmo. Sr. Marqués de la Romana. Sólo ha dejado S. A. en este paraje dos oficiales del Estado Mayor general, el teniente coronel Gauthier, comandante de la isla de Langeland y el capitán Coupe, de la península de Hindsholan.»

La *Gaceta* añadía algunas noticias sobre la llegada del regimiento de Asturias, nuevamente destacado á la isla de Zelandia; pero estas noticias estaban extractadas de un despacho del conde de Yoldi, fechado en Copenhague el 21 de Mayo y que decía:

«Escribo ésta para noticiar á V. E. que el tercer batallón de infantería de Asturias efectuó felizmente su paso desde la isla de Fionia á esta de Zelandia y desembarcó el 18 en Keersoe. Así me lo ha participado su comandante el teniente coronel D. Antonio Folgués desde Soröe, cerca de Slagelsen á unas doce millas de esta capital, donde había hecho alto por disposición del comandante danés. Si las circunstancias lo permiten, irán pasando otros cuerpos de tropas españolas y probablente vendrá aquí el marqués de la Romana con su Estado Mayor.» El 21 de Junio comunicaba la llegada del segundo batallón del mismo regimiento, con lo que éste ya se encontraba completo en Zelandia.»

La tenaz interrupción de la correspondencia oficial, la lectura de algún que otro periódico que pudo llegar á sus manos y las noticias particulares que á medias alcanzaba adquirir de los mismos oficiales franceses que quedaron en Nyborg, juntamente con las exageradas de los mismos soldados que oían las versiones del público sobre lo que pasaba en España y que acaso se hacían llegar sagazmente hasta ellos para agitar sus ánimos, ponían al marqués de la Romana en las más profundas perplejidades. A la vez que por una parte dirigía á España á dos de sus ayudantes para que volvieran con informes exactos de lo que allí pasaba, en su espíritu causaba simpática atracción el movimiento sordo que se había iniciado en todas las tropas de la expedición hacia el regreso á la patria, tanto más adorada cuanto más distante, con proyectos de evasión que no dejaban de llegar hasta sus oídos, y por otra, perspicaz y ladino, discurría sin descanso sobre el papel de disimulo que la situación le imponía respecto á los franceses aliados, á cuyo general en jefe tenía que hacer todas las concesiones de sus continuas exigencias, conociendo que la menor oposición á ellas le ponía ante el Príncipe de Pontecorvo en situación de sospecha, y que siendo, aún sin éstas, el ejército que él mandaba por la disposición en que se había acantonado, un verdadero prisionero tácito de las armas imperiales, su posición sería mucho más peligrosa si la duda más leve caía sobre los que tenían con su mando supremo la responsabilidad efectiva de sus acciones y de su conducta. Proclamado José

Napoleón Rey de España, después de promulgada la Constitución de Bayona y de las renuncias forzosas de Carlos IV y Fernando VII, Napoleón se daba prisa, y la daba con sus cartas y mandatos á todo el mundo, para que por los ejércitos de Dinamarca y Portugal se le prestase el juramento de fidelidad que la propia Constitución preceptuaba. No titubeó el marqués de la Romana ante la conminación del Príncipe de Pontecorvo en prestar el suyo y aun en enviar al titulado Rey José, á nombre de la división que mandaba, un mensaje que se le había exigido y que firmó en Niborg, en Fionia, el 24 de Junio de 1808. Pero ni aquel juramento, ni aquel mensaje argüían siquiera el menor pacto de adhesión, sino la presión ominosa de las circunstancias en que se encontraba. De haberlos resistido, no solamente su suerte personal, sino la de todo su ejército, estaba comprometida.

El juramento de las tropas que, como es natural, tenían menos conciencia de los riesgos que las amenazaban, no se prestó sin vivas discusiones ni protestas, y aun aguzando fórmulas vagas para eludir los deberes que aquel acto imponía. Para limar estas dificultades y disponer los ánimos, Romana envió sus oficiales de órdenes á los cuerpos que se manifestaban más obstinados en su resolución de no jurar al Rey ilegítimo, y el capitán de zapadores Miyares, uno de ellos, tuvo que hacer ver á los que resistían «que aquel acto no tenía importancia, por ser forzoso y no voluntario; pero que el rehusarse á jurar era privarse absolutamente de toda esperanza de regresar á la Patria». En Nyborg, el conde de San Román, coronel del regimiento de la Princesa, logró, aunque á regañadientes, que los soldados jurasen; en Hindemaye los artilleros juraron lo que sus oficiales; Almansa, en Odensee, se amotinó contra su coronel, pero el ascendiente del sargento mayor D. Francisco Antonio Couway logró apaciguar la inquietud mediante una fórmula de pura convención. El tercer batallón de la Princesa, en Middelfart, adoptó otra actitud de protesta contra el juramento al Rey José: cuando se le leyó la fórmula, el batallón en masa se agrupó en torno de su bandera, y, sin apartar los ojos de aquel símbolo de la Patria, no hubo medio de hacerle salir del silencio en que se encerró. Romana, con

los ojos húmedos, presenciaba la escena silencioso también; en esto un cabo adelantó de las filas, y con la mano en la visera del morrión, dijo en alta voz: *¡Mi general, mi compañía no jura más que á esa bandera!* Entonces el coronel San Román, puesto al frente del batallón, dijo: *Yo veré si obedecen á su coronel*; dió la orden y obedecieron. El tercer batallón, que acantonaba en Assens, ni aun con las amonestaciones del coronel y del comandante Hore, se empeñó en no jurar sino «lo que la Nación reconociera y jurase», y esto fué lo que juró. Esto mismo juraron Villaviciosa en Faaborg y Barcelona en Swendborg. Así procedieron todas las tropas que ocupaban los cantones más inmediatos al Cuartel general de la Romana.

Pero no sucedió lo mismo en la Jutlandia, donde Kindelán mandaba: El Príncipe de Pontecorvo había enviado las órdenes para el juramento directamente á Kindelán, en lugar de que éste las recibiese por el conducto natural y reglamentario del comandante en jefe de quien Kindelán era subordinado. Kindelán, con su solicitud oficiosa y desleal, obtuvo el resultado que el mariscal Bernadotte se prometía. Pero no lo logró del mismo modo de los regimientos de Guadalajara y de Asturias, que habían pasado á la isla de Zelandia y que acantonaban en la ciudad de Roskilde y sus inmediaciones y cuyo mando se había dado á un general francés, el general Frerion, so pretexto de la enseñanza de una nueva táctica. Ningún documento testifica mejor lo que con estas tropas pasó en Roskilde que el despacho que sobre este asunto dirigió al Gobierno de Madrid el conde de Yoldi, fechado en Copenhague el día 6 de Agosto.

«Excmo. Sr.: Muy señor mío: Me hallo, por desgracia, en el caso de dar cuenta á V. E. de un caso de insurrección de las tropas españolas que han pasado á esta isla, tanto más doloroso, cuanto ha dado ya y puede dar aún lugar á atentados indecorosos á las mismas tropas. Constan éstas de los regimientos de infantería de Asturias y Guadalajara, y todas están al mando del General francés Frerion, quien desde que llegó aquí se ha ocupado con tesón y con prudencia en instruirlas en la nueva táctica, sin omitir cuanto podría hacerles más llevadera su situación y mejorar su

bienestar. Así es que hasta ahora sólo había oído yo á unos y á otros los mayores elogios de estas tropas, y este Soberano, igualmente que el General francés, mostraban la mayor satisfacción de su conducta y subordinación. Desembarcados en esta isla los seis batallones que componen estos dos regimientos, se reunieron en la ciudad de Roskilde, y estableciendo allí su cuartel general, dispuso el General Frerion que acampasen dos batallones de Guadalajara y el tercero de Asturias en las inmediaciones de la ciudad, se acantonase en un lugar cercano el tercero de Guadalajara y quedase en Roskilde el primero de Asturias. Colocadas así las tropas, se ejercitaban desde las cuatro de la mañana, empezando los soldados, después los sargentos y cabos, y últimamente todos los oficiales en una escuela de táctica. Al fin del día se hacía ejercicio general para poner en práctica las maniobras que se habían estudiado. Los oficiales y tropas se prestaban á estos ejercicios sin dar la menor señal de descontento, y el General Frerion me ha dicho que se hallaba satisfecho y esperanzado de perfeccionar en breve su instrucción.»

En este estado de cosas, llegó á Roskilde el sábado 30 de Julio á las once de la mañana, D. Luis Siran de Cavagnac, emigrado francés, que era capitán del regimiento de Asturias y ahora es ayudante del Príncipe de Pontecorvo, trayendo una orden de dicho Príncipe al general Frerion, para que inmediatamente hiciese prestar á las tropas españolas el juramento de fidelidad al nuevo Soberano. Esta orden pareció demasiado perentoria al brigadier D. Luis Delavieulleuze, coronel de Asturias y comandante de las tropas, pareciéndole necesario algún tiempo para preparar los ánimos, que se hallaban más ó menos exaltados con ciertas noticias tristes y confusas que los soldados habían recibido de sus familias sobre el estado de las cosas en España. Sin embargo, se determinó que las tropas prestasen el juramento el lunes 1.° de Agosto á las ocho de la mañana. Luego que se hizo pública esta determinación, se empezó á observar mucha inquietud entre los soldados, y algunos se negaban en alta voz á prestar el juramento que se les pedía, motivando su resistencia con las noticias que tenían del mal estado de las cosas de España y con la falsa

idea de que ya no teníamos Rey y que se les querían quitar sus banderas y obligarles á prestar el juramento á las banderas francesas. Estas, parece, eran las voces que confusamente se oían entre aquella tropa y la excitaron á la insurrección. Al día siguiente, domingo, á la hora de pasar la lista, los soldados, y principalmente los granaderos de Asturias, en vez de presentarse desarmados, como es costumbre, tomaron sus armas, y reprendidos por su coronel Delavieulleuze, respondieron con algazara que no querían prestar juramento, que no obedecerían á ningún oficial francés y que iban á exterminar todos los que se hallaban en Roskilde. En efecto, fueron hacia el palacio donde estaba alojado el General francés con el coronel español, y á pesar de la energía con que éste procuró detenerlos, acometieron el palacio y pedían saliese fuera el coronel á fin de poder entrar para saciar su encono contra el General y los oficiales franceses. Estos se retiraron por un pasadizo á la iglesia Catedral que está contigua, y mientras el coronel se oponía con firmeza al furor de los soldados, se disfrazaron con uniformes daneses y se escaparon para Copenhague. Por fatalidad, dos ayudantes del General francés (Laloy y Marabail), oyendo el tumulto, tuvieron la imprudente osadía de venir á la plaza del palacio, donde se hallaban los granaderos, y éstos mataron á uno de ellos (Marabail) y al otro le hicieron dos heridas, y hubieran acabado con él si el coronel y otros españoles no le hubieran salvado.

Entre tanto, los batallones que se hallaban acampados se habían levantado y formado con sus armas y banderas, pero estaban contenidos por las representaciones que con la mayor energía les hacía el teniente coronel D. Juan Martí, ayudante mayor agregado al Estado Mayor del General francés; mas como oyeron el tiroteo de la ciudad, salieron del campo con sus banderas los unos para la ciudad y los otros para Copenhague, con designio, según dicen, *de entregar sus banderas á este Soberano*. El coronel de Guadalajara, D. Vicente Martorell, que se hallaba impedido de salir de casa por causa de una llaga que se le había hecho en el empeine del pie derecho, informado de la insurección de sus batallones y que dos estaban ya en marcha para Co-

penhague, se hizo también transportar por dos granaderos al camino fuera de la ciudad, y tal fué la energía y fuerza de razones que manifestó á sus soldados, que desistieron de su temerario intento y se volvieron al campo. El teniente coronel Martí, penetrado de dolor de ver tantos excesos, se volvió á la ciudad, cuando advertido por los soldados de Guadalajara de que los granaderos le buscaban para matarle, tuvo que huir y salvarse en un bote que halló en la orilla de un brazo de mar, por donde vino á encontrarse con el General y oficiales franceses que ya estaban en camino para Copenhague.

Hallándome yo en una casa de campo, inmediata á esta ciudad, recibí la noticia de este infausto suceso en la mañana del lunes 1.° del corriente, por expreso que me despachó D. Juan Martí; inmediatamente vine á buscarle para enterarme de lo ocurrido y contribuir en lo que estuviese de mi parte á que nuestras tropas se calmasen y no se precipitaran en nuevos desórdenes, pues aunque no fuese militar, me pareció desde luego que como Ministro no podía quedar ocioso é indiferente en tal ocurrencia. Pasé luego á verme con el Ministro de Francia, y éste, apreciando mis intenciones, y persuadido de que mi presencia podría contribuir á aquietar las tropas, me pidió que, sin perder tiempo, me presentase á ella en Roskilde. Fuí de allí á ver al General francés y á manifestarle cuán sensible me era que las tropas españolas hubiesen cometido tan punible exceso, ofreciendo mis oficios, si los creía convenientes al restablecimiento de la tranquilidad entre las tropas. Dicho General me mostró su aprecio y agradecimiento, y sus deseos de que contribuyese por mi parte al restablecimiento del buen orden, mostrándome á las tropas. Pero hallándose éstas á las órdenes de este Soberano, me pareció que asuntos tan delicados no debía mezclarme sin anuencia de S. M. danesa, cuyas medidas podían tal vez impedir que yo diese este paso. Fuí, pues, á verme con el Ministro de Estado, conde de Bernstorff, y éste, sumamente afligido de lo ocurrido, aprobó la idea de que fuese á Roskilde, asegurándome que me lo agradecería el Rey, su amo.

En estas conferencias se pasó la mayor parte del lunes, y á

eso de las nueve de la noche me hizo decir el conde de Bernstorff que S. M. danesa deseaba hablarme. Fuí luego á palacio y tuve la honra de hablar solo con este Soberano por más de una hora. Declaró sería de su agrado que hiciese yo el viaje á Roskilde con el objeto de calmar, si podía, los ánimos y disponerlos á obedecer las órdenes que se les diesen para su dislocación y á entregar los principales reos. El martes siguiente por la mañana me trasladé á Roskilde, acompañado de mi secretario D. Fernando Gómez Jara. Las tropas se hallaban en la misma situación; tres batallones en el campo, otro en la ciudad y los demás acantonados en las inmediaciones; pero en todos se observaban movimientos y se oían voces que hacían temer resistirían la orden, que ya tenía su comandante Delavieulleuze para separarlos. Hablé con este oficial respetable, no menos por su edad que por su valor y prudencia que le hacen estimar de todos y amar de los soldados, y según lo que me dijo y los informes que tomé del coronel de Guadalajara y del bailío gobernador de Roskilde, y de varios oficiales y soldados, me convencí de que este desorden no había sido premeditado y que hubiese podido evitarse, si no se hubiera procedido con tanta precipitación y se hubiese dado lugar á los jefes y oficiales de los cuerpos para preparar los ánimos de la tropa, desimpresionándola de las tristes ideas que tenía sobre el estado de nuestra patria. Otra circunstancia que me parece puede haber contribuído á disgustar al soldado, es que la orden para prestar el juramento viene directamente del Príncipe de Pontecorvo al General francés, no al General en jefe de la división española, marqués de la Romana, y que esta orden la trajese D. Luis Sirán de Cavagnac, quien, según me han dicho, está muy mal visto y aun aborrecido de todo el regimiento de Asturias donde ha servido, y si, á su llegada al cuartel general, se explicó con la misma jactancia que yo le he oído explicarse en Copenhague, no puede menos de haber contribuído mucho á indisponer los ánimos.

He indicado á V. E. las tres causas que me parece deben haber influído más en los ánimos; pero hay otras muchas, cuyo conocimiento toca á los jefes de los cuepos y que tal vez harán

estas tropas acreedoras á la clemencia del Soberano. A lo menos creo la merecen por su pronta enmienda, pues dos horas después de mi llegada á Roskilde los mismos granaderos designaron espontáneamente tres de los más revoltosos que había entre ellos, y no se opusieron á que se les arrestase, lo que se ejecutó en el momento. Al mismo tiempo el coronel de Guadalajara se hizo transportar al campamento y por más de dos horas estuvo arengando á sus soldados para que obedeciesen la orden que se les daba de dislocar batallones. Yo estuve también á ver el campamento y hablé con oficiales y soldados, y á todos los hallé dispuestos á obedecer á sus jefes. Me rodeaban en todas partes, y sólo un soldado muy joven y que tenía trazas de estar acalorado, me habló con desenvoltura.

La misma noche regresé á Copenhague, pero tan tarde, que que no pude presentarme á este Soberano, como deseaba, para darle cuenta del resultado de mi viaje y de la disposición en que quedaban las tropas de obedecer las órdenes que S. M. las diese por medio de sus comandantes. Pero lo ejecuté por la mañana del día siguiente y hallé á S. M. danesa muy satisfecho de los partes que ya había recibido del arresto de los tres soldados y del buen orden con que las tropas habían empezado ya su dislocación, habiendo partido aquel mismo día, á las cuatro de la mañana, dos de los batallones que se hallaban en el campamento con destino á los nuevos acantonamientos que respectivamente se les habían señalado. Lo mismo ejecutó el tercer batallón al otro día y de este modo se han separado, quedando sólo en Roskilde el primero de Asturias. S. M. danesa se dignó manifestarme que me agradecía los pasos que había dado y me repitió con este motivo las expresiones de suma benevolencia con que me ha honrado siempre. El conde de Bernstorff, el Ministro de Francia y el General Frerion, se me han mostrado persuadidos de que mi presencia en Roskilde ha contribuído á calmar la exaltación de los ánimos, y por lo menos espero no ha dañado, y que el Rey y V. E. harán justicia al buen celo que me ha guiado en este caso extraordinario.

Dios guarde á V. E. la vida muchos años. Copenhague 6 de

Agosto de 1808.—Excmo. Sr.: B. l. m. de V. E. su mayor y más atento servidor.—El conde de Yoldi.—*Excmo. Sr. D. Pedro Cevallos.*»

En los sucesivos accidentes que ocurrieron después en el seno de nuestras tropas de la división del marqués de la Romana, la parte trágica y triste fueron los lances como el de la prisión de estos regimientos, su desarme que el conde de Yoldi presenció, y la suerte que cupo á los escuadrones del regimiento de caballería de Algarbe, en el momento en que iban á embarcar para volver al socorro de la patria. Pero desde luego se vió que la fórmula del forzado juramento que se prestó al rey José, así por los Generales y jefes, como por los oficiales y soldados, comenzando por el mismo marqués de la Romana, había sido completamente ilusoria y que ninguno creía que le compeliera al cumplimiento que parecía exigir. Desde que los sucesos del Dos de Mayo en Madrid y de las abdicaciones de Bayona fueron conocidos, nadie en el ejército español de Dinamarca pensó más que en los peligros que la patria corría y en el ansia febril de correr á libertarla. Así pensaba Romana, así su Estado Mayor, así todos los jefes de los cuerpos que componían la división y así hasta el último soldado. La cuestión era saber por qué medios podría romperse la cadena que allí tan fuertemente los sujetaba. No era posible concebir plan ninguno que no fuera temerario. La solución debía venir de los arcanos de la Providencia, y la Providencia no tardó en poner ante los ojos del marqués de la Romana la ancha vía de sus salvadores arcanos.

Al constituirse en el levantamiento general de las provincias de España, después del Dos de Mayo, las Juntas regionales que asumieron los poderes soberanos de la nación, fué inspiración común de tres de ellas, la de Asturias, la de Galicia y la de Andalucía, enviar á Londres sus delegaciones competentemente autorizadas para entrar en alianzas con el Gobierno británico y demandarle el auxilio de su poder para ayudar á poder plantear la guerra normal en la Península. Cada una de estas Juntas llevaba sus instrucciones particulares, siendo la única de carácter común la de pedir auxilios pecuniarios y armas, sin cuyos ele-

mentos no era posible organizar el país, exhausto de una cosa y de otra, para proyectar la defensa. La Junta Suprema de Galicia nombró comisionados en la capital de Inglaterra á dos antiguos oficiales de la armada D. Francisco Bermúdez de Castro y Sangro, que de teniente de fragata se retiró del servicio el 9 de Octubre de 1799, y D. Joaquín Freire de Andrade, retirado también de teniente de navío desde 5 Abril de 1808. Para imprimir más carácter á la misión que se les confiaba, la Junta de Galicia les otorgó el empleo efectivo de capitanes de navío. Las instrucciones que llevaron estos comisionados á Londres les fueron dadas por escrito el mismo día 5 de Junio, en que se constituyó aquel cuerpo soberano, y en que los comisionados á Londres fueron designados por él haciéndoles acompañar de ellas cuando diez días después, el 15, se embarcaban en La Coruña con dirección al Támesis. En los despachos que para acreditarlos llevaban Sangro y Freire, el primero iba en calidad de enviado del Reino cerca de S. M. Británica, y el segundo «como substituto y con el destino de pasar á Fionia á solicitar el embarque de las tropas españolas de la división del marqués de la Romana, siempre que el Gobierno británico le facilitase los medios, remitiendo los buques y transportes que debían conducir á los españoles al país, pues el Reino estaba seguro que correrían á servir la Religión y la Patria.» Canning recibió muy bien la iniciativa de los enviados de Galicia. Con los de Asturias y Andalucía formaron éstos luego para todas sus gestiones «un cuerpo respetable» en Londres, en el que todas las resoluciones se trataban y tomaban de común acuerdo; y habiendo tenido que regresar Freire á su país á funciones de su misión, se determinó que de la de Fionia al marqués de la Romana se encargase al teniente de navío D. Rafael Lobo, propuesto por los comisionados de Andalucía Jácome y Ruiz de Apodaca; pero llevando al General en jefe de la división española cartas suscritas por todos ellos, es decir, por Jácome, Apodaca, Matarrosa, Sangro y Vega. Lobo llegó á bordo del bergantín *Mosquito* á las aguas del gran Belta, buscando las naves que cruzaban aquellos estrechos al mando del Contraalmirante Keats, que montaba el navío

Superb, donde le recibió á bordo y con las órdenes que por Canning se le dieran, y con idénticas intenciones que las que Lobo traía, procuraba hacerse bien ver de los españoles, como llamándoles á parlamento. En los voluntarios de Cataluña, situados en la isla de Langeland, no faltó quien se sintiese con ánimos para acudir á aquel llamamiento tácito. El subteniente don Juan Antonio Fábregues, destacado en una batería de la costa, desde la que divisaba muy de cerca la nave del Contraalmirante Keats, ardía en deseos de ponerse en comunicación con aquel buque, en que su secreto instinto le aseguraba que hallaría hospitalidad. Existe, inserta en la *Gaceta de Madrid* del 8 de Noviembre de 1808, pág. 1.442, una carta del subteniente Fábregues, dirigida á su hermano D. Pedro Pascual, y escrita á bordo del navío *Edgard* de S. M. B. en el Sund, frente á Elsegiot, á 28 de Agosto anterior, en la cual se relata cómo se verificó el milagro.

«Nuestra división, le decía, bajo el pretexto de operaciones militares, fué dividida en Julio parte en el continente de Dinamarca, y parte en las islas hasta Zelandia, con el objeto de obligarnos al tiránico juramento del pretendido Rey José. Exaltados los ánimos de todos los españoles, hubo mil sucesos particulares en cada cuerpo. Dos regimientos de Zelandia, Asturias y Guadalajara se sublevaron, atacando el palacio donde se hallaba el General francés: mataron dos edecanes, otros quedaron heridos, y el General escapó disfrazado de dinamarqués. En Almansa y Princesa hubo también alboroto, diciendo en la formación á voces *¡viva España!* y *¡muera Francia!*, atropellando algunos soldados franceses y pisándoles las cucardas de Napoleón. Algunos regimientos juraron, pero bajo condición de que la nación aceptase aquel Rey con otros acontecimientos á este tenor. En este estado de confusiones y opresión, sin dejarnos recibir cartas de España y diciéndonos que en ella estaba todo tranquilo, nuestra situación era la más dolorosa y crítica. Sólo el mar Báltico podía ser abrigo nuestro, pero ninguno se atrevía más que á contemplar sus orillas con tristeza, mirando con envidia los buques ingleses y deseando comunicar con ellos. Pero eran tan grandes las pre-

cauciones, que había orden de no recibir ni aun á los parlamentarios. En este estado fuí destinado, desde la isla de Langeland á Copenhague, con unos pliegos para un General francés. A mi regreso examiné escrupulosamente la costa, y habiendo encontrado una lancha en casa de unos pescadores, les dije traía pliegos, y si querían llevarme directamente á Langeland, les pagaría bien, pues me evitaban el rodeo. Convinieron en ello, y observando tres navíos ingleses que estaban fondeados como unas cuatro leguas desde donde me embarqué, me arrebaté de un impulso de patriotismo, y sin más reflexión tiré de mi sable y les dije me llevasen á bordo de los enemigos. Un soldado que venía conmigo, ignorante de mis intenciones, se quedó sorprendido, se aterrorizó y quiso echarse al agua antes de cooperar á mis designios. Los dos marineros se resistieron, y uno de ellos se apoderó del fusil del soldado. Viéndome en estos apuros, me resolví á matarle antes que volviese á tierra, desde donde me estaban observando ya, y, por tanto, me consideraba perdido. Vieron mi obstinación, y en esta contienda, con un afortunado golpe, me hice con el fusil de manos del marinero, y yo no sé cómo les hice remar hacia los buques ingleses. Estos observaron un bote que se dirigía hacia ellos y destacaron los suyos en mi busca. Les puse un pañuelo blanco sobre un palo, para llamarles la atención, y se dirigieron hacia mí seis de sus botes. Llegaron por fin; me recibieron con la mayor atención. ¡Y calcula tú cuál sería mi sorpresa y alegría, cuando habiendo trasbordado al navío del comandante, me enseñaron varias cartas para nuestros Generales, jefes y oficiales venidas de España! Me manifestaron las órdenes que tenían de favorecer á los españoles; la dificultad en que se hallaban para entregarlas, por estar privados hasta de comunicación de parlamento, y se me propuso si tenía ánimo para hacerlas llegar hasta el marqués de la Romana. A pesar de mi notoria deserción, me ofrecí á ello; tuve la fortuna de poderme introducir de noche en las costas de Langeland sin ser visto; vi á mi comandante, y desde allí, disfrazado, pasé hasta el General. El marqués recibió las cartas, y todos quedaron admirados. Yo mismo no sabía lo que había hecho. Los pliegos se dirigían á

procurar que con toda celeridad, y con las tropas que pudiese, la división pasara á España. El marqués de la Romana no titubeó; inmediatamente expidió órdenes reservadas á las tropas, así como los ingleses á sus buques. A costa de muchas fatigas se reunieron 10.000 hombres en la isla de Langeland, de la que ya se había apoderado nuestro batallón, y, por último, vamos á desembarcar en Suecia.»

No es este informe una historia detallada de esta parte de los actos de la expedición auxiliar extranjera, y aunque la romántica narración histórica de los sucosos de la división española del marqués de la Romana al Norte está pidiendo á gritos una monografía documental como la que en Fionia ha intentado el señor Karl Schmidt, y algo más concienzuda que la que en Nancy publicó en 1899 el comandante P. Boppe, para llegar al fin del sucinto objeto que aquí se persigue, fuerza es compendiar ya ligeramente los accidentes laboriosos de los que al mandato de la Romana lograron embarcarse, y de los que por la insurrección prematura de Zelandia y la deslealtad del Mariscal de campo D. Juan Kindelán, ó por otras causas, no alcanzaron la misma suerte, y prisioneros en una ú otra forma se quedaron allí. Los tres oficiales de artillería, D. Joaquín de Lamor, capitán de la tercera compañía del primer batallón del primer regimiento; el teniente D. Pablo Ventades, y el subteniente á caballo D. Manuel Zacares, el capitán segundo de la compañía de zapadores D. Fernando Miyares, y el también capitán de artillería D. José Guerrero de Torres, el amigo íntimo de D. Pedro Velarde, profesor como él de la Academia de Segovia, y que al Norte fué como segundo ayudante general del Estado Mayor de la Romana, fueron las personas de su confianza, portadoras á los jefes de todos los cuerpos de las órdenes para el cumplimiento de tan arriesgada resolución. La forma en que estas órdenes se circulaban parece poder apreciarse de uno de los párrafos del despacho que con fecha del 16 de Agosto el conde de Yoldi, que desde un principio se reveló como un afrancesado impenitente, dirigía á D. Pedro Cevallos creyéndole Ministro del Rey José, y describiéndole lo que él llamaba defección del marqués de la

Romana. «Según me ha asegurado, le decía, el General Frerion, el marqués de la Romana ha procedido con falsedad; porque después de haber hecho á sus tropas prestar el juramento de fidelidad y obediencia *á nuestro Soberano*, y al mismo tiempo que con fecha 6 manifestaba á dicho General el mayor sentimiento por el atentado y asesinatos que cometieron nuestras tropas en Roskilde, y sus deseos de que se descubriesen y castigasen los culpados, me dice el General Frerion se interceptaron otras cartas, que á la verdad no estaban escritas ni firmadas por él, pero cerradas *con su sello* y dirigidas á los coroneles de Guadalajara y Asturias, en las cuales el marqués les decía que, como español, estaba resuelto á tomar parte en las cosas de su patria, y les exhortaba á reunirse y hacerse fuertes en algún punto de la costa, donde pudieran embarcarse con el auxilio de la escuadra inglesa.» Sea como fuese, al mandato del General, y al grito de la patria, Zamora, el mismo día 8 en que recibió la orden, se embarcó y pisaba la tierra de Fionia, donde esperaban los zapadores y los dos batallones de la Princesa, acantonados en Assens y Middelfart; el gobernador danés de Aarhus no opuso resistencia al del regimiento del Rey; el del Infante, al que no se le permitió embarcar en Randors, apareció en Aarhus, y desde allí hizo la travesía del pequeño Belta, y sólo el de caballería de Algarbe se vió perplejo en sus resoluciones á pesar del espíritu de su tropa y de algunos de sus oficiales, porque inválido su coronel D. José de Yebra, irresoluto su segundo y algunos otros oficiales, perdieron disputando el tiempo precioso que necesitaban para llegar desde Horsens, donde se hallaba acantonado, á la costa del pequeño Belta, cerca de Fredericia, donde debían encontrar las lanchas para pasarlo. Se ha escrito por el Sr. Schierne, historiador danés, que el Mariscal Príncipe de Pontecorvo se hallaba el 7 en su cuartel general de Rendsborg, cuando por dos oficiales del regimiento de Algarbe y otro de voluntarios de Cataluña, tuvo noticias de que toda la infantería y artillería que se hallaba en la isla de Fionia, acababa de recibir la orden del marqués de la Romana de concentrarse en la fortaleza de Niborg, y dos regimientos de caballería en la isla de Faning; que

inmediatamente, á media noche, se puso en marcha con el jefe de su Estado Mayor, General Gerard, enviando de vanguardia una brigada que allí tenía, compuesta de un escuadrón del 14.º de cazadores á caballo, otro de dragones ligeros de Jutlandia, algunas compañías de infantería danesas y francesas, que fueron transportadas en carruajes para aumentar la velocidad de su marcha, y una sección de artillería á caballo, también dinamarquesa, al mando toda esta tropa del mayor Ameil. Al llegar el Mariscal á Kolding, mientras la columna adelantaba á Fredericia, en Kolding se le presentó el General Kindelán para darle cuenta de la orden que había recibido del marqués de la Romana, y que él no había obedecido. Sin embargo, ya de los cuatro regimientos españoles, de los cuales tres eran de caballería, que Kindelán vigilaba en la Jutlandia, tres se habían embarcado para reconcentrarse primero en la isla de Fionia y luego en la de Langeland. Sólo quedaba el de Algarbe á causa de la división de sus oficiales, aunque uno de ellos, el capitán D. Antonio Costa, más animoso que Moreno, Zaldarriaga, Miranda, Solana, Perero, Torres, Lafuente y Oteiza, únicos que le siguieron, entre los 3 jefes y 27 oficiales de su fuerza efectiva, asumió el mando de los dos escuadrones que tomaron el partido de volver á la patria. El movimiento de la columna dano-francesa, que mandaba el mayor Ameil, fué tan rápido, que la caballería española, al mando de Costa y procedente de Horsens, todavía descansaba en la playa esperando los bateles en que había de atravesar el Belta. Ameil, que tenía la arrogancia de estirpe unida á la que daba el soldado francés en aquel tiempo la sombra de Napoleón, mandó á Costa que hiciese á su tropa echar pie á tierra y esperara las órdenes del Príncipe de Pontecorvo, que no tardaría en llegar. Dice otro historiador francés, Toussard-Lafosse, que en tal situación, Costa trató de términos de capitulación, teniendo por base la vida salva y el regreso á España; mas que el Mariscal, que llegó en tal momento, hizo responder que no admitía otra cosa que rendirse sin condiciones, añadiendo que iba en el acto á fusilar á los oficiales y á diezmar la tropa. Entonces, el capitán Costa, á quien da el título de coronel el historiador referido,

viendo que no había términos de composición y que el número de la tropa dano-francesa que le rodeaba le impedía hasta el recurso de una defensa desesperada, avanzó hacia el mayor Ameil y le dijo: «*Soy el único culpable, porque mis soldados no han hecho más que obedecerme: yo soy el que los he seducido.*» Y á estas palabras, asiendo una de las pistolas que colgaban del arzón de su caballo, y volviéndose hacia sus subordinados, añadió: «*Os he engañado y debo morir. Recuerdos á España de Antonio Costa*»; con lo que disparando el arma sobre su frente, se levantó la tapa de los sesos.

Para el Mariscal Bernadotte, para los soldados franceses que presenciaron el trágico sacrificio, el de Costa no representaba sino un muerto más, entre los innumerables de que sembró bajo Napoleón todos los campos de Europa el furor militar francés. Los soldados daneses de la brigada de Ameil, admirados de aquel arranque de caballerosidad y de heroísmo, recogieron su cadáver, le depositaron en una tumba que para él cavaron en el cementerio católico que se hallaba á la entrada de la iglesia de San Canuto. Los dos escuadrones del regimiento de Algarbe que Costa quiso salvar para que volvieran á su patria á luchar por su independencia, desarmados, maltratados, prisioneros, fueron conducidos como criminales á las provincias del Holstein para volver á ser más tarde carne de cañón de las ambiciones francesas. Sin embargo, aunque á los tres regimientos de Asturias, Guadalajara y Algarbe les tocase en Dinamarca sucumbir en aras de su fidelidad á su patria, la retirada temeraria del marqués de la Romana, que desde tal distancia arrancaba de las garras del despotismo francés, la mayor parte de la división de su mando, ha quedado y quedará perpetuamente señalada en la Historia como uno de los actos más memorables del arrojo humano, del honor militar y del patriotismo más acendrado, y el nombre obscuro del capitán Antonio Costa, que sacrificó valerosamente su vida por estos caros objetos, y al que la apartada Dinamarca, al cabo de un siglo, deifica su recuerdo y le erige monumentos, sobrevivirá unido inseparablemente á la efeméride gloriosa, como su más hermoso complemento.

De los que después de la retirada del marqués de la Romana quedaron, por desgracia, en Dinamarca, el marqués de San Román, al llegar la expedición á España en Octubre de 1808, cuidó muy bien de deslindar las posiciones. D. Juan Kindelán, Mariscal de campo, que con su hijo y ayudante del mismo nombre, fué en Fredericia insensible testigo del sacrificio del capitán don Antonio Costa, quedó allí, por no haber obedecido el mandato de su jefe, haber delatado al enemigo de la patria sus resoluciones salvadoras y haberse apartado cautelosamente de los soldados puestos bajo su mando. El capitán del Real Cuerpo de Artillería D. José Guerrero de Torres, segundo Ayudante general del Estado Mayor del marqués de la Romana, habiendo pasado con una comisión reservada al Schleswig, fué hecho prisionero, encerrado con grillos en un calabozo y sujeto á todo género de vejámenes inhumanos aun dentro de su prisión. Casi la misma suerte cupo al subteniente de artillería D. José Zacares, que llevó las órdenes del General en jefe á los Cuerpos acantonados en Jutlandia para que se uniesen á la división. Algunos oficiales desertaron por no tomar ninguna resolución, y muy pocos por seguir las banderas del Rey intruso francés. En su correspondencia de oficio, el conde de Yoldi también consagraba una frase sin importancia á la muerte de Costa en su despacho ya citado del 16 de Agosto. «Parece, decía, que el General la Romana se embarcó con todas las tropas, excepto las que he dicho que quedaban en el Langeland y algunas otras de las que estaban en la Jutlandia y no pudieron efectuar el paso á Fionia. De éstas me han nombrado dos escuadrones, que supongo, de Algarbe, cuyo comandante, viéndose cortado, se mató á sí mismo de un pistoletazo. Se ha efectuado ya el desarme de los seis batallones de Asturias y Guadalajara y ya han entrado cinco de ellos en el arsenal de esta ciudad.»

De los datos aducidos, Señor, en medio de las diversas circunstancias que los producen, fácilmente se destaca la figura histórica del capitán D. Antonio Costa, en los quince años que prestó sus servicios militares en la guerra del Rosellón, en las coloniales contra Inglaterra y Portugal en las provincias del Río de la Plata y en las fronteras del Brasil, en la guarnición de Flo-

rencia en el reino de Etruria y en los destacamentos posteriores del Hannover, de Hamburgo y de las provincias continentales de Dinamarca. Solamente en la primera de estas guerras y en el último accidente de su vida demostró las líneas de su genio y las resoluciones de su moral. Su puesto subalterno nunca le dió ocasión ni teatro en que desarrollar más claramente las facultades de talento y valor de que estaba dotado; pero aun así, resulta una figura, más que simpática, interesante, puesto que al cabo se impone su individualidad en la Historia. Su amor á España no admite controversias; si no lo acreditaran las cartas insertas al principio de este estudio del conde de La Unión y del general Urrutia, lo exaltaría el postrero arranque generoso de su vida. Independientemente del acto último de resolución que califica la expedición auxiliar al Norte de la división del marqués de la Romana, de que formó parte, este suceso militar se distingue en la Historia por el espíritu de seducción y simpatía que el soldado español llevó en aquella empresa por todo el vasto espacio geográfico, por donde se le hizo caminar ó sostenerse en el centro y en el extremo boreal de Europa, habiendo logrado cimentar su recuerdo con base de perpetua afección en Italia, en Alemania, en Dinamarca, en todas partes, donde se hizo admirar por su bizarría, á la vez que por sus virtudes. Las prendas personales del capitán D. Antonio Costa, que en algunos de los certificados de su vida militar tanto se elogian, fueron indudablemente parte á la conquista lisonjera de este concepto para la colectividad moral á que pertenecía. Suya también debe ser esta gloria, como elementa esencial de su biografía. No hay en ella hazañas de honda impresión; mas para que su nombre siempre viva, basta que lograse dejar de sí el recuerdo al que un país, en que fué extranjero, se complace en levantar en mármol ese monumento de admiración y de ternura que decora el cementerio católico de San Canuto de Fredericia, que es y será siempre un altar de respeto para España.

SEÑOR:

A. L. R. P. de V. M.,

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN Y GALLO.

Madrid, 1.º de Enero de 1909.